



Entre obligaciones y aspiraciones: *Desafíos y oportunidades en la experiencia de los estudiantes trabajadores en universidades privadas de Bogotá.*

María Alejandra Castillo Teuta

**Universidad del Rosario
Escuela de Ciencias Humanas
Programa de Antropología
Bogotá D.C, Colombia
2025**



Entre obligaciones y aspiraciones: *Desafíos y oportunidades en la experiencia de los estudiantes trabajadores en universidades privadas de Bogotá.*

Maria Alejandra Castillo Teuta

Monografía de grado para optar por el título de: Antropóloga

Dirigido por: Claudia Margarita Cortés García

**Universidad del Rosario
Escuela de Ciencias Humanas
Programa de Antropología
Bogotá D.C, Colombia
2025**

Agradecimientos

A Diego y Natali, mis padres, quienes con mucho amor y sacrificio me acompañaron en este camino.

A mi tía, Lorena, quien me motivó a estudiar y me apoyo incondicionalmente en el proceso.

A mi hermana, Luciana, quien es mi fuente de inspiración y mi motor para lograr cosas grandes.

A mi directora, Claudia, sin su comprensión y llamados de atención llenos de consejos no hubiese sido posible finalizar con éxito mi trabajo de grado.

Y sin lugar a duda a mis compañeros de trabajo y amigos, quienes me inspiraron a contar nuestra historia.

Tabla de contenido

INTRODUCCIÓN.....	5
CAPÍTULO 1: EL IMPACTO DEL TRABAJO EN LA VIDA ACADÉMICA Y SOCIAL: CONCILIACIÓN, RENDIMIENTO Y BIENESTAR	13
1.1 EL TRABAJO ESTUDIANTIL EN CLAVE DE BIENESTAR	14
1.2 GÉNERO, TRABAJO Y CONCILIACIÓN DE ROLES	22
1.3 SATISFACCIÓN E INSATISFACCIÓN LABORAL EN LA PET.....	32
CAPÍTULO 2: EL TRABAJO ESTUDIANTIL COMO FACTOR DE DESIGUALDAD	40
2.1. INFLEXIBILIDAD UNIVERSITARIA Y REPRODUCCIÓN DE DESIGUALDADES	42
2.2 ADAPTABILIDAD Y RESISTENCIA EN LA EXPERIENCIA ESTUDIANTIL TRABAJADORA	48
2.3 APOYO INSTITUCIONAL Y POLÍTICAS UNIVERSITARIAS	56
4. CONCLUSIONES.....	60
5. REFERENCIAS	70

Introducción

Es el 27 de agosto del 2024 en Bogotá, son las 11:00 de la mañana y se está preparando para entrar al turno luego de una tediosa jornada de parciales. Llega enojado, su cara muestra cierto fastidio y siente que no quiere estar ahí. Cuando llega su compañera, la llama y es aquí en donde expresa su disgusto con la profesora de *análisis estadístico de datos*. No le parece justo que aún si tiene una excusa válida por la cual no puede asistir a la clase no lo quieren dejar hacer el taller porque dicho en palabras de la docente, él “le falta mucho”. No le parece justo, que mientras él debe motivar a los jóvenes a estudiar y promover que su universidad es un lugar que entiende a los estudiantes, esté a punto de perder una de las notas más importantes del corte. No le parece justo, que mientras algunos faltan a clases por dormir un poco más, por salir a tomar o verse con sus amigos, él sea la única persona que se ve afectada por la decisión de la profesora. No le parece justo, porque él se sostiene solo en Bogotá, viene becado desde Cartago y trabajar no es una actividad que hace para ocupar su tiempo libre. No le parece justo, porque trabaja para estudiar y no lo dejan estudiar por trabajar.

Esta escena condensa la paradoja que enfrentan muchos jóvenes universitarios: el trabajo es condición para sostener sus estudios, pero se convierte en un obstáculo para la vida académica. La imagen tradicional del estudiante dedicado exclusivamente a la universidad y a actividades extracurriculares choca con una realidad creciente y muchas veces silenciada: la de quienes, en paralelo a sus estudios, deben insertarse en el mercado laboral. Este fenómeno, lejos de ser marginal, configura nuevas dinámicas en la educación superior, especialmente en contextos urbanos.

Un informe del Banco Interamericano de Desarrollo (BID) reportó en 2018 que el 24% de los estudiantes universitarios colombianos entre 15 y 24 años trabajaban y estudiaban, frente al 39% que solo estudiaban (Montes, 2018). Estas cifras dimensionan la magnitud del fenómeno, pero no alcanzan a mostrar la diversidad de trayectorias ni las tensiones cotidianas de quienes deben conciliar responsabilidades académicas y laborales.

Para efectos de este análisis, se trasciende la categoría administrativa de 'estrato' —entendida principalmente como una clasificación catastral— para adoptar la categoría de clase social como eje analítico. Siguiendo los planteamientos de Connell y el concepto de

capital de Bourdieu, la clase permite dar cuenta de las trayectorias relacionales y las experiencias vividas que el estrato, por su naturaleza descriptiva, suele omitir. Asimismo, la investigación se delimita específicamente al universo de los pregrados presenciales diurnos en universidades privadas de referencia en Bogotá. Esta precisión es fundamental, ya que es en esta modalidad donde se exagera la tensión entre la estructura institucional —diseñada para un estudiante de dedicación exclusiva— y la realidad material de quien debe trabajar. Si bien se realizaron observaciones en tres instituciones de similares características, el cuerpo denso de la investigación se concentra en un caso de estudio principal, permitiendo una comprensión profunda de las dinámicas institucionales y sociales que marcan la permanencia académica.

La investigación y las observaciones de campo revelaron motivaciones heterogéneas: para algunos estudiantes de estratos altos, el trabajo representa una experiencia profesional temprana que complementa la formación académica; para otros, constituye una necesidad de subsistencia que asegura la permanencia en la universidad; y para un tercer grupo funciona como un ejercicio de independencia económica o una forma de dar sentido al tiempo libre (Nota de campo, 2024). La literatura especializada coincide en que la dinámica entre la formación académica y el trabajo no es uniforme, sino que está profundamente moldeada por el contexto socioeconómico y cultural. Como señalan Miranda y Arancibia (2017), los jóvenes de sectores privilegiados tienen mayor capacidad para articular con éxito sus primeras experiencias laborales con las exigencias académicas. En contraste, quienes provienen de sectores populares asumen el trabajo como requisito para cubrir matrícula, transporte y manutención. Esta dualidad, que también se constató en el trabajo de campo, evidencia cómo las condiciones de origen marcan profundamente la experiencia de estudiar y trabajar en universidades privadas de Bogotá.

Es necesario precisar que el estereotipo del 'estudiante de universidad privada' —entendido como un sujeto de dedicación exclusiva y alto poder adquisitivo— no surge como un supuesto a priori de esta investigación, sino como una categoría nativa (emergida de las entrevistas) y una inferencia analítica basada en la experiencia de campo. Los participantes manifiestan una conciencia constante de su 'otredad' frente a este modelo idealizado, lo que genera estereotipos contrastivos que moldean su identidad. Esta percepción de 'no encajar'

en el estándar institucional funciona como una motivación para la acción, donde el estudiante trabajador busca validar su presencia en un espacio que, simbólicamente, parece no haber sido diseñado para su realidad socioeconómica.

Las exigencias de equilibrar múltiples roles impactan directamente en el rendimiento académico, en la vida social y en el bienestar integral. Investigaciones recientes en Colombia muestran que los estudiantes trabajadores reducen el tiempo dedicado al descanso, al sueño y a la vida familiar, llegando incluso a mantener la mente ocupada con pendientes laborales durante momentos de reposo (Aguirre, Aldana y Rubio, 2024). Los relatos de campo recogidos en esta investigación corroboran esta situación: quienes trabajan más horas reconocen que sus calificaciones descienden, que se reducen sus posibilidades de participar en actividades extracurriculares y que se produce un aislamiento social. La ausencia reiterada suele interpretarse como desinterés, lo que deriva en exclusión de grupos de amistad y disminución de redes de apoyo, afectando directamente el bienestar emocional.

La complejidad de este fenómeno se acentúa al considerar la disparidad en los tipos de inserción laboral. Mientras algunos estudiantes logran vincularse a áreas relacionadas con su formación, *“por ser parte de la dirección de marketing en la universidad, entendí en mi primer trabajo muchos conceptos como leads, aprender a hablar con el público y demás”* (E4, estudiante de Marketing), para muchos otros predominan los empleos precarios, informales o desvinculados de su carrera. Esta diferencia se refleja también en el uso de los ingresos: mientras algunos destinan su salario a pequeños aportes familiares o actividades de ocio, *“aportaba para comidas por fuera o invitaba a mis papás”* (E5, Administración), otros deben asumir gastos básicos y reemplazar la ayuda económica que antes recibían, *“ya luego como que parte de mi familia, que me apoyaba antes económicamente, al ver que yo trabajaba, dejaron de darme apoyo”* (E1, Ingeniería). Estos contrastes muestran que el trabajo estudiantil no es homogéneo, sino que reproduce desigualdades previas y abre nuevas brechas.

En paralelo, esta realidad coexiste con una cultura institucional que parece diseñada para un perfil distinto de estudiante. En universidades privadas de referencia, *“no es común que un estudiante trabaje”* (Nota de campo, 2024). La jornada es diurna y presencial, exige asistencia constante, participación en actividades deportivas y extracurriculares, y una vida

social activa. Ninguna de las tres universidades observadas ofrece programas nocturnos o virtuales que se adapten a los horarios laborales. A ello se suman mallas curriculares intensivas en créditos y estudio autónomo, así como cobros adicionales por entregas o exámenes extemporáneos, que imponen cargas económicas extra justamente a quienes trabajan para sostenerse. Esta estructura académica configura un entorno excluyente que no reconoce la diversidad de realidades estudiantiles.

El fenómeno del trabajo estudiantil ha sido objeto de atención en distintas disciplinas. Cruz Piñero et al. (2017) lo entienden como una estrategia de reproducción material en contextos de escasez; Béduwé y Giret (2004), retomados por Planas-Coll y Enciso (2014), proponen una tipología de empleos estudiantiles; Barreto Osma et al. (2019) destacan las alteraciones psicosociales derivadas de la doble carga; y Alvear Córdoba (2009) subraya la influencia de la calidad laboral y el apoyo institucional en la permanencia académica. Sin embargo, estos estudios suelen generalizar condiciones y pocas veces profundizan en cómo los factores sociales, económicos y culturales afectan de manera diferenciada a los estudiantes trabajadores en universidades privadas de referencia en Colombia. Este vacío hace urgente un análisis situado que visibilice las experiencias específicas de este grupo y que oriente políticas más inclusivas.

Ante este panorama surge la pregunta central: ¿cómo las condiciones socioeconómicas de los estudiantes trabajadores de universidades privadas en Bogotá afectan sus trayectorias educativas y laborales? El objetivo general de esta investigación es analizar la relación entre las condiciones socioeconómicas de los estudiantes universitarios trabajadores y sus trayectorias educativas y laborales, con el fin de indagar si estas dinámicas derivan en procesos de desigualdad social en el contexto de las universidades privadas de Bogotá. De manera complementaria, se plantean objetivos específicos orientados a caracterizar a esta población considerando variables de clase social, género, etnia y origen geográfico; identificar las estrategias que los estudiantes emplean para equilibrar sus responsabilidades académicas y laborales; indagar sobre las posibles barreras institucionales, sociales y culturales que inciden en la trayectoria educativa de los estudiantes trabajadores; y examinar las políticas y prácticas institucionales que podrían obstaculizar o favorecer su permanencia académica.

La investigación se enmarca en un enfoque cualitativo sustentado en la etnografía, pues busca comprender desde la experiencia situada las dinámicas que enfrentan los estudiantes universitarios trabajadores en universidades privadas de Bogotá. El trabajo de campo se realizó en una de las tres principales universidades privadas del país, a través de entrevistas y observaciones con un grupo de seis estudiantes trabajadores (ver tabla 1).

Tabla 1. Caracterización de la Población Estudiantil Trabajadora (PET) entrevistada

Pseudónimo¹	Carrera / Programa	Origen socioeconómico	Trayectoria familiar / personal	Situación laboral
Sergio	Derecho	6	Hijo menor, vive con su familia en Bogotá	Middle Level en promoción institucional
Wilson	Matemáticas Aplicadas	3 (proveniente de Cartago, beca 100%)	Hijo único, familia monoparental, madre vive en Francia	Upper Level en promoción institucional
Andrea	Antropología y Marketing	4	Mayor de dos hermanas	Upper Level en promoción institucional
Felipe	Periodismo	4	Vive solo, independiente	Bailarín en discotecas
Valeria	Psicología	2	Trayectoria laboral previa como auxiliar en jardín infantil	Apoyo en promoción institucional y otros empleos
Karen	Emprendimiento	4	Madre joven, cuidadora de su hija con apoyo familiar	Contratos de apoyo institucional
Ricardo	Psicología	4	Hijo único proveniente de Bucaramanga, vive solo en Bogotá	Ex líder de promoción institucional, actualmente trabaja en marketing en multinacional
Marta	Biología	2	Hija mayor, perteneciente a comunidad indígena	Upper Level en promoción institucional

Nota: La columna “Origen socioeconómico” registra el estrato catastral colombiano como dato de referencia contextual, no como indicador de vulnerabilidad económica real. El estrato no es equivalente al ingreso disponible ni a la carga de cuidado que enfrenta cada estudiante: una familia de estrato medio puede tener compromisos financieros (créditos, arriendo, gastos del hogar) que limitan igualmente su capacidad de externalizar labores domésticas. La columna “Trayectoria familiar/personal” registra condiciones relacionales relevantes para el análisis —como la configuración del hogar o la situación migratoria— que no son comparables directamente con el estrato, sino que lo complementan para dar cuenta de la complejidad de cada trayectoria.

¹ Con el fin de resguardar la confidencialidad de los y las participantes, se emplean pseudónimos identificados con letras en lugar de nombres propios. La información personal que se presenta en la tabla ha sido ajustada para evitar cualquier riesgo de identificación, manteniendo siempre el consentimiento informado otorgado por los estudiantes.

La muestra se construyó bajo criterios de heterogeneidad para capturar la diversidad de la Población Estudiantil Trabajadora (PET). Los participantes representan trayectorias que van desde el capital cultural acumulado de un estudiante de clase alta (Sergio), hasta la precariedad de quienes dependen de becas o trayectorias de independencia económica total (Wilson y Valeria). Es importante precisar que, aunque la mayoría de los interlocutores se desempeñan en labores de promoción institucional dentro de la universidad, se incluyó deliberadamente el caso de Felipe, quien labora de manera externa como bailarín. Esta inclusión permite contrastar los desafíos de quienes cuentan con el respaldo de un empleador institucional frente a quienes se insertan en mercados laborales informales o de ocio nocturno, donde las barreras de tiempo y bienestar emocional se agudizan. Se aclara que la muestra definitiva consta de seis casos sistemáticos, descartando referencias previas a otros participantes para asegurar la coherencia del análisis presentado.

Un componente transversal de este diseño metodológico es la reflexividad. Mi posición en el campo no fue la de una observadora aséptica, sino la de una investigadora que encarna la categoría de estudio. Mi propia trayectoria como estudiante trabajadora —la cual incluso condicionó los tiempos de escritura de este documento— actúa como herramienta analítica de este trabajo. Aparezco en el texto bajo el pseudónimo Andrea, con el que participo como una informante más, sometiendo mi propia experiencia al mismo escrutinio analítico que las de mis compañeros. Esta implicación personal permitió una vigilancia epistemológica constante y una empatía profunda con sus relatos, facilitando la comprensión de dimensiones del cansancio y la exclusión que solo se hacen visibles desde la experiencia compartida. Las categorías analíticas emergentes de mi vivencia, como la 'preinserción laboral plena', deben entenderse como traducciones académicas de dicha experiencia situada. Esa vivencia personal atravesó la investigación y se convirtió en una herramienta que me permitió contrastar mi trayectoria con la de mis compañeros, reconocer la individualidad de cada caso y ser consciente de las afinidades y diferencias que surgían en las narrativas.

En el manejo de la información se procuró salvaguardar la confidencialidad de los participantes. Todos aceptaron voluntariamente compartir sus experiencias mediante consentimiento informado, y sus testimonios se presentan bajo anonimato. Esta decisión buscó no solo cumplir con criterios éticos, sino también generar un espacio de confianza para que las voces recogidas reflejaran con mayor libertad la complejidad de sus realidades.

La construcción de la evidencia empírica en esta investigación no se limitó a la recolección de testimonios aislados, sino que se fundamentó en una inmersión etnográfica en los espacios de circulación de la Población Estudiantil Trabajadora (PET). Las notas de campo registran no solo el discurso de los interlocutores, sino las atmósferas institucionales, los gestos de agotamiento en las jornadas extendidas y las micro-negociaciones espaciales que ocurren en los puestos de trabajo de la universidad. De este modo, los extractos de entrevistas presentados se inscriben en un contexto social denso que permite comprender la precariedad y la resistencia desde la cotidianidad del campus.

La organización del texto se estructura en dos capítulos y unas conclusiones que, en conjunto, buscan dar cuenta de manera integral de la experiencia de los estudiantes trabajadores en universidades privadas de Bogotá. En el primer capítulo se analiza el impacto del trabajo en la vida académica y social, con énfasis en la conciliación de responsabilidades, el rendimiento académico y el acceso a recursos universitarios que suelen estar pensados para un perfil estudiantil de dedicación exclusiva.

El segundo capítulo se concentra en los desafíos que enfrentan estos jóvenes desde una perspectiva interseccional. Se abordan las ausencias a clases, frecuentemente interpretadas como desinterés, que en realidad responden a exigencias laborales y que pueden derivar en procesos de exclusión social y reducción de las redes de apoyo académico. Asimismo, se examina cómo las mujeres estudiantes trabajadoras suelen enfrentar una carga adicional de responsabilidades domésticas y de cuidado, lo que intensifica las dificultades en comparación con sus compañeros hombres. Esta mirada se amplía considerando las desigualdades que se manifiestan también en términos de clase social y origen geográfico, evidenciando que la experiencia del trabajo estudiantil no es homogénea.

El texto también discute la relación entre satisfacción laboral y rendimiento académico, mostrando que cuando el trabajo carece de condiciones dignas puede convertirse en un factor de riesgo para la permanencia universitaria. No obstante, se destacan las estrategias de adaptación que los estudiantes desarrollan para navegar estas exigencias, encontrando en el trabajo no solo un espacio de subsistencia, sino también de aprendizaje y crecimiento profesional.

A lo largo del documento se enfatiza la relevancia de las redes de apoyo familiares, académicas y laborales, entendidas como un recurso decisivo para sostener la doble condición de estudiar y trabajar. Sin embargo, su acceso no es equitativo y depende en gran medida de las condiciones socioeconómicas y culturales de cada estudiante, lo que abre brechas en las trayectorias educativas y en el bienestar emocional.

Así, esta investigación pone de manifiesto cómo las condiciones socioeconómicas influyen en las trayectorias de los estudiantes universitarios trabajadores y busca llamar la atención sobre la necesidad urgente de políticas inclusivas que reconozcan sus particularidades. La tesis pretende contribuir a que las universidades sean espacios de acompañamiento y equidad, y no escenarios que reproduzcan desigualdades, permitiendo que todos los estudiantes, independientemente de su contexto, tengan la posibilidad real de prosperar en su formación y en su vida profesional.

Capítulo 1: El impacto del trabajo en la vida académica y social: Conciliación, rendimiento y bienestar

Este capítulo aborda el impacto del trabajo en la vida académica y social de los estudiantes trabajadores en universidades privadas de Bogotá. La dualidad de roles configura desafíos que se traducen en ausencias, cansancio acumulado y una sensación de baja productividad académica; no es solo una cuestión de tiempo, sino de cómo las demandas laborales reordenan prioridades y ritmos de estudio. Aunque el trabajo ofrece un ingreso adicional, y, en no pocos casos, autonomía, su peso puede expresarse en un rendimiento irregular e incluso en interrupciones de la trayectoria universitaria. Al mismo tiempo, la intermitencia en clase suele leerse como desinterés y no como síntoma de la conciliación fallida, generando circuitos de exclusión y un estrechamiento de las redes de apoyo, con efectos emocionales que acompañan al estudiante dentro y fuera del aula.

Para comprender estas tensiones, dialogo con marcos que iluminan tanto las estructuras como la agencia. Por un lado, la sociología de Pierre Bourdieu y Jean-Claude Passeron (1970) ilumina los mecanismos de reproducción escolar, evidenciando cómo las desigualdades de clase se perpetúan a través del sistema educativo. En este marco, el acceso al capital cultural y a los tiempos legítimos de estudio no está distribuido de manera equitativa, lo que condiciona las trayectorias de los estudiantes que, debido a sus realidades socioeconómicas, deben compaginar la vida académica y laboral. Por otro lado, la Teoría de la Estructuración de Anthony Giddens (1984) ofrece una perspectiva crucial que sitúa la agencia en el centro del análisis. Giddens recuerda que no somos únicamente efecto de dichas estructuras: los estudiantes crean márgenes de maniobra, negocian, resisten y transforman su experiencia a partir de estrategias situadas, incluso dentro de sistemas que los condicionan. Esta doble lente —la de las estructuras que reproducen desigualdades y la de los sujetos que actúan— guía el análisis de este capítulo, permitiendo comprender la compleja relación entre las limitaciones del sistema y la capacidad de los estudiantes para forjar sus propias trayectorias.

También interesa el reconocimiento social del trabajo estudiantil: cuando las instituciones desconocen las condiciones de la PET, se erosionan espacios de negociación y se reduce la agencia, consolidando jerarquías que invisibilizan los costos de conciliar. El capítulo, por tanto, no solo describe efectos (rendimiento, ausencias, bienestar), sino que cuestiona prácticas y políticas que naturalizan una figura ideal de estudiante sin cargas externas, e invita a pensar condiciones más inclusivas.

1.1 El trabajo estudiantil en clave de bienestar

Actualmente, la participación de estudiantes universitarios en actividades laborales es una práctica extendida, motivada principalmente por la búsqueda de ingresos que contribuyan a su bienestar y sostenimiento. La literatura especializada especialmente desde Béduwé y Giret (2004), retomados por Planas-Coll y Enciso (2014), propone una clasificación del trabajo universitario en cuatro tipos: a) preinserción laboral plena, directamente relacionada con los estudios y con continuidad proyectada tras el egreso; b) trabajos estudiantiles irregulares, de baja intensidad y sin conexión con la formación, usualmente temporales; c) empleos regulares de subsistencia, de media o alta intensidad y bajo valor profesional, pero necesarios para cubrir gastos básicos; y d) pequeñas contrataciones anticipadas, trabajos profesionales de corta duración mientras se espera un empleo fijo.

Esta tipología es fundamental para contextualizar la diversidad de experiencias de la población estudiantil trabajadora, pues cada modalidad impacta de forma distinta la trayectoria académica. Mientras la preinserción puede generar una sinergia positiva entre teoría y práctica, los empleos regulares de subsistencia y los trabajos irregulares, más prevalentes en estudiantes con recursos limitados, suelen producir una disonancia entre el rol de estudiante y el de trabajador. En estos casos, el empleo se instituye como medio exclusivo de subsistencia y no como extensión formativa, lo que incrementa la sobrecarga académica y, en consecuencia, el riesgo de bajo rendimiento o abandono. Este estudio se centra en caracterizar y analizar los desafíos asociados a los tipos (b) y (c), donde el trabajo opera como barrera más que como oportunidad de desarrollo profesional.

Si bien es un hecho ampliamente documentado que los estudiantes universitarios optan por trabajar para cubrir necesidades económicas específicas, tales como la financiación de sus estudios, el sostenimiento personal o la búsqueda de independencia, es importante reconocer que estas no son las únicas motivaciones. Un segmento de la población estudiantil, con una perspectiva más estratégica, se vincula al mercado laboral con el fin de adquirir experiencia profesional en su área de estudio o de construir redes de contacto que beneficien su trayectoria futura. En estos casos, el trabajo trasciende su función de simple subsistencia para convertirse en un espacio de desarrollo profesional y social, adquiriendo un valor instrumental que fortalece su capital humano y relacional y es allí donde lo social empieza a tener operancia, pues se empieza a ver el trabajo como aquello que proporciona bienestar.

En este estudio, el bienestar se entiende desde dos perspectivas. La primera es material: ingresos que mejoran el estilo de vida y amplían márgenes de decisión. Las observaciones mostraron que la disponibilidad de recursos se asocia con el acceso y la acumulación de capital económico, social y cultural, tal como plantea Plascencia (2005): “el capital social, junto al económico, cultural y simbólico, son poderes sociales fundamentales que estructuran el espacio social; los individuos se distribuyen según el volumen y la composición de ese capital y su evolución en el tiempo” (p. 24). La segunda es formativa: la experiencia laboral como puente hacia la inserción, que facilita la transición al mundo del trabajo (Planas-Coll & Enciso, 2014) y permite ver el empleo como espacio de crecimiento profesional con impactos de largo plazo sobre el bienestar económico y social.

A partir de ahora, denomino Población Estudiantil Trabajadora (PET) a este grupo. Para efectos de la investigación, me sitúo en las experiencias de estudiantes de algunas universidades privadas de Bogotá, entre 18 y 23 años, que cursan mínimo el segundo semestre de su carrera de pregrado. Estos jóvenes se encuentran vinculados laboralmente a sus instituciones mediante contratos a término fijo que exigen hasta 60 horas mensuales, principalmente en actividades de promoción y divulgación de las Instituciones de Educación Superior (IES), tales como ferias, atención al público, recorridos personalizados, visitas a colegios o giras nacionales. El acceso a estos cargos implica procesos de selección con varios filtros orientados a decidir si esa persona puede ser “la cara de la universidad”, lo que sugiere criterios que exceden lo técnico y se desplazan hacia lo performativo.

El trabajo, para muchos de estos estudiantes, no es simplemente una necesidad económica; se convierte en un espacio de inserción y ascenso social en términos académicos. Dentro de este grupo, la vinculación a ocupaciones relacionadas con su carrera les permite no solo adquirir experiencia, sino también sentirse cómodos y seguros en un entorno profesional. Esta sensación de seguridad se materializa en una percepción de ascenso social, una idea de futuro y de proyección que provoca una brecha con su círculo social. Esta dinámica, lejos de ser armónica, puede generar desigualdades dentro de sus círculos cercanos.

Para entender las complejidades de este fenómeno, resulta esclarecedor iniciar con el contraste de las trayectorias de “Sergio”, “Wilson” y “Andrea”. Estos tres casos permiten observar de manera detallada cómo los estudiantes se insertan en las jerarquías laborales internas de la universidad, clasificadas en tres niveles según su grado de intervención: el Upper Level, caracterizado por líderes y referentes; el Middle Level, compuesto por personas proactivas y dispuestas a colaborar; y el Basic Level, que agrupa a quienes cumplen con funciones básicas. A partir de este primer grupo, buscaremos comprender cómo la ubicación en estas estructuras impacta en la autopercepción y en las relaciones con los pares; más adelante, se retomarán otros casos para enriquecer y matizar el análisis.

“Sergio” es un estudiante de Derecho estrato 6, hijo menor de dos hermanos quien se encuentra en 5 semestre de la carrera y le tomó un año y medio conseguir el cargo de Middle. “Wilson” es un estudiante de Matemáticas Aplicadas de 6 semestre proveniente de Cartago, hijo único de una pareja divorciada, su madre vive en Francia y él vive solo en Bogotá debido a que ganó una beca que le pagaba el 100% de sus estudios y le tomó tan solo un semestre conseguir el cargo de Middle. Por último, yo —quien firmo este trabajo— soy estudiante de Antropología y Marketing, estrato 4, la mayor de dos hijas, cursando el último semestre de mi carrera; al igual que Wilson, me tomó tan solo un semestre conseguir el ascenso a Middle.

Aunque los tres ocupan el mismo cargo de Middle Level, la forma en que perciben y se insertan en este rol es notablemente diferente. Mientras que a “Sergio” le tomó un año y medio alcanzar esta posición, a “Wilson” y a mí nos tomó tan solo un semestre, lo que ya sugiere una disparidad en las trayectorias y en el capital social o académico con el que llegamos. Aquí es donde se hace evidente el análisis de Béduwé y Giret que retomamos en

la introducción, pues las motivaciones que impulsan a cada estudiante a trabajar no son uniformes. En campo, pude constatar cómo mi posición socioeconómica de origen y la de “Wilson” hacían que el trabajo se convirtiera en una vía para el sostenimiento y una oportunidad de ascenso social, lo cual no era el caso para “Sergio”, cuyo estrato económico de origen le permitía ver el trabajo como una opción y no como una necesidad.

Es por esto que “Andrea” explicitaba a sus compañeros que esta experiencia era de “preinserción laboral plena”, la cual se relacionaba directamente con sus estudios de Antropología y Marketing. Esta percepción le otorgaba un mayor confort individual y la motivaba a aprovechar al máximo los espacios de capacitación. Sin embargo, esta misma validación personal generaba una desmotivación constante en sus compañeros, quienes, al ver el trabajo más como un "empleo regular de subsistencia" (Béduwé y Giret, 2004) sin relación directa con su carrera, no percibían estos espacios de crecimiento como provechosos para su propio futuro.

Este contraste etnográfico evidencia cómo el mismo espacio laboral y el mismo nivel jerárquico pueden ser vividos de maneras radicalmente opuestas. Para mí y para “Wilson”, el trabajo era un vehículo de ascenso social académico, una extensión de nuestra formación, mientras que para “Sergio” era principalmente una actividad complementaria, lo que perpetúa una forma sutil de desigualdad incluso dentro de un mismo círculo de trabajo (Diario de campo de la autora, 2023).

Ahora, si bien es cierto que esto nos deja aún más claro que para la PET es importante relacionar el trabajo con su área de estudio, no se puede dejar de lado que en este doble esfuerzo que se realiza al estudiar y trabajar para encontrar un estado de bienestar, sin importar cuál sea la interpretación de este, se puede ver que existe una desmejora notable en el bienestar físico y emocional de la misma, se empieza a evidenciar que este es un carácter diferenciador dentro de su entorno. Al trabajar y estudiar empiezan a jugar en contra los horarios, especialmente cuando la universidad tiene una única jornada diurna, pues se debe empezar a distribuir el tiempo dentro de las múltiples tareas que deben realizar a nivel académico, laboral, social y familiar. Esto trae consigo menos horas de sueño, dificultades en la alimentación, estrés y ansiedad que se empieza a expresar en su cuerpo con malos

hábitos que los llegan a hacer ver descuidados tanto física como mentalmente, desmejorando la credibilidad en sus múltiples entornos.

A esto se le suma que, en la mayoría de los casos, las universidades no cuentan con espacios de descanso o políticas que permitan lograr llevar las dos responsabilidades, como horarios flexibles o modalidades diversas, tales como la virtualidad o la conexión asincrónica que responde a los horarios que manejan las diferentes carreras, los tiempos de desplazamiento y la ubicación en la que se encuentran las sedes académicas y laborales. Estas permiten volver a los contenidos de las clases en situaciones poco tradicionales, como lo son las jornadas extensas de trabajo en temporadas específicas. Tal como me ocurrió a mí durante la Feria Internacional del Libro de Bogotá, donde siendo estudiante de doble programa, trabajaba jornadas de más de 8 horas mientras cursaba regularmente 19 créditos en la universidad; mis problemas de salud se hicieron notablemente visibles cuando me vi sometida a situaciones estresantes simultáneas de dos entornos, el académico y el laboral.

A continuación, presento un registro de mi propio diario de campo, que funciona como un ejercicio de autoetnografía para ilustrar la somatización de la crisis en la vida del estudiante trabajador. Esta escena, vivida en primera persona, no solo es un relato individual, sino un punto de encuentro con las angustias compartidas por los demás participantes de esta investigación:

'Me levanté a medianoche, nunca me había pasado esto, me sentía extraña y enferma. Acababa de llegar de una jornada de más de ocho horas atendiendo personas en la feria del libro y no podía dormir. No soy una persona que sufra de insomnio, pero ese día me levanté llorando después de una pesadilla, soñé que había hecho mal mi trabajo y me iban a echar... Me dolía la cabeza y no paraba de sentirme cansada, pero debía tratar de dormir porque al otro día a las 7:00 am tenía un parcial de cálculo y a la profesora no le gustaban las llegadas tarde' (Diario de campo de la autora, 2023).

El uso de mi propia vivencia como “Andrea” permite evidenciar que el cansancio no es solo una falta de horas de sueño, sino una carga mental donde el miedo a la precariedad laboral (perder el empleo) choca frontalmente con la disciplina académica. Mi cuerpo se convirtió en el primer territorio de observación de esta investigación.

Teniendo en cuenta que, así como sucede en temporadas extraordinarias para algunas personas de la PET en las que por motivos claros como el cambio repentino en horarios del sueño o hábitos de alimentación se ve afectado el bienestar o la salud del estudiante, se debe traer a la discusión que la ocupación de cada persona que estudia y trabaja tiene un papel relevante en su percepción de bienestar. Hay personas que se dedican al trabajo nocturno de manera continua y rutinaria, tal como lo es en el turno de madrugada de un Call-center. Aquí hay personas que salen de estudiar a trabajar y al salir del trabajo tras horas mínimas de sueño se dirigen nuevamente a estudiar. Es por esto, que podemos determinar que no todos los trabajos representan la misma carga para la PET; mientras que algunos trabajan de manera remota, por horas o en empresas familiares, hay estudiantes que se ven inmersos en trabajos nocturnos que no solo afectan sus horas de sueño, sino que también exponen su salud y su integridad física.

Más adelante, al ampliar la mirada más allá de “Sergio”, “Wilson” y “Andrea”, otros casos permiten matizar el análisis de la PET. Por ejemplo, en los diálogos informales con los estudiantes fue notoria la diferenciación de trabajos en la vida cotidiana, al entenderse algunos como mejores o más dignos que otros. Tal como lo menciona Castaño (2017), estas condiciones de trabajo que en principio podrían percibirse como precarias suelen ser valoradas positivamente por los jóvenes, principalmente de estratos bajos, porque se asocian a oportunidades laborales que otorgan ciertas ventajas frente a su grupo social y se convierten en “lugares de trabajo dignos”. Esta percepción se evidenció en el caso de “Felipe”, quien como bailarín en discotecas gana más que “Sergio” o “Wilson”. Sin embargo, esta ocupación también lo expone a situaciones de acoso sexual en el entorno nocturno y a discriminación por parte de compañeros o familiares, lo que debilita sus redes de apoyo. Pese a ello, su vivencia está atravesada por el disfrute de la exploración libre de su sexualidad, lo que le permite percibir estas condiciones laborales de manera positiva y encontrar nuevas formas de apoyo y reconocimiento.

Estas redes de apoyo son indispensables en el desarrollo de las labores de la PET en los espectros de su vida laboral, académica, familiar y social. Se pudo evidenciar que el contar con la aprobación, validación y ayuda de diferentes partes en el proceso de ser estudiante trabajador, tales como padres, amigos, profesores, hermanos o compañeros,

permite generar un equilibrio de cargas, que en muchas ocasiones aporta en la estabilidad emocional y esto conlleva al cumplimiento exitoso de todas las tareas. Esto se puede evidenciar desde aspectos como la distribución de labores del hogar, socialización extemporánea de temáticas de clases, modificación de horarios, ayudas económicas o apoyo emocional. Es por esta razón que hay varios estudiantes que ven sus trabajos como un espacio de crecimiento y capacitación, pues además de que se pueden relacionar con su carrera, hay una aprobación de este por parte de sus redes, que los impulsa a continuar con la labor. Esto implica que hay algunos que pueden estar en espacios mucho más subordinados, lo que sugiere que, si bien hay un esfuerzo, a largo plazo la retribución puede no ser la misma.

Esto nos lleva a reflexionar sobre que, si bien hay una importancia en este reconocimiento social que se le otorga al trabajo estudiantil, es fundamental analizar cómo este reconocimiento se entrelaza con las estructuras de poder existentes en las instituciones educativas y en el mercado laboral. La combinación de estudio y trabajo a tiempo completo representa un desafío significativo para el bienestar físico y emocional de la PET. Como lo mencionaba Giddens, en la Constitución de la Sociedad (1984) estos agentes, no son únicamente productos de las estructuras sociales, sino que a su vez reproducen y transforman estas por medio de sus acciones. Esto se puede evidenciar en la manera en que la población estudiantil trabajadora negocia su posición dentro de las estructuras educativas y laborales. Por ejemplo, la estructura del sistema educativo, que se suele caracterizar por horarios rígidos y altas demandas académicas, puede llegar a limitar la capacidad de los estudiantes para trabajar muchas horas y, por lo tanto, influye en el tipo de trabajos que pueden conseguir o puede adquirir una capacidad de adaptabilidad y respuesta muy alta a las necesidades de estos estudiantes.

Ahora bien, dentro de estas estructuras laborales, se establecen ciertas relaciones de intercambio que, desde la perspectiva de Marshall Sahlins (1997), pueden analizarse como elementos determinantes en la construcción de la identidad del estudiante que trabaja. Sahlins postula que el intercambio social no es meramente económico, sino que define roles y establece jerarquías que impactan la percepción que los individuos tienen de sí mismos y de su lugar en el grupo.

Esta dinámica de subordinación se hizo evidente durante una observación en el puesto de trabajo de Valeria, estudiante de Psicología. Mientras intentábamos conversar, Valeria mantenía una postura rígida, con la mirada fija en la pantalla de su computador atenta a cualquier movimiento de su supervisor en la oficina contigua. La fluidez de su relato se cortaba cada vez que alguien de mayor rango pasaba cerca; en esos momentos, ella bajaba la voz y ajustaba su postura, evidenciando cómo la jerarquía interfiere directamente en su sentido de agencia y en su capacidad para negociar mejores condiciones laborales. Al preguntarle sobre su posibilidad de proponer cambios en sus horarios, respondió con una sonrisa nerviosa y un tono de resignación que sintetiza su posición en el engranaje institucional: *“Yo no puedo decir nada, solo cumplo órdenes”* (Nota de campo, 2024).

Esta falta de agencia tiene raíces en su trayectoria laboral previa, donde “Valeria” se desempeñaba como auxiliar en un jardín infantil. En ese rol, a pesar de ser una psicóloga en formación, su función se reducía a ejecutar órdenes de la madre comunitaria, lo que generó una profunda inseguridad sobre sus propias capacidades intelectuales. Sin embargo, al iniciar su práctica profesional como líder de procesos, aunque al principio se percibía cohibida, lograba con mayor esfuerzo destacar sobre sus compañeros. A largo plazo, esta serie de experiencias de subordinación y de falta de reconocimiento profesional puede generar desventajas significativas para la PET. Si bien estos estudiantes pueden conseguir una vinculación laboral rápida, sus aspiraciones salariales y su estilo de vida a menudo se ven limitados por un sentido de agencia reducido, pues internalizan la idea de que su rol es el de cumplir órdenes sin cuestionar su valor en el mercado laboral.

Al ser estudiantes aún en proceso de grado, para la PET resulta complicado acceder a cargos relacionados con su área de trabajo, debido a que estos comúnmente requieren experiencia laboral o el título profesional que certifique la finalización de los estudios. Esto implica que estos jóvenes se suelen acercar a trabajos que no requieren conocimientos tiempos y que suelen ser de auxiliares o apoyo transversal. Es por esta razón hizo explícito en campo que estas labores tienden a moldear la personalidad de quienes estudian y trabajan, a tal punto de no permitir desarrollar habilidades atractivas para el sector laboral del profesional, tales como habilidades de comunicación o liderazgo.

Debido a que los estudiantes trabajadores empiezan a construir identidades profesionales a partir de sus experiencias laborales, se podría decir que según el concepto de "prácticas culturales" de Sahlins (1997) el trabajo estudiantil es una práctica cultural que moldea las identidades de los estudiantes y es determinante a largo plazo en su entorno laboral. De esta manera, también interfiere y moldea la idea de lo que este empieza a percibir como bienestar, pues esta identidad que moldea dentro de la estructura social también puede determinar patrones de sumisión o prepotencia dentro de sus ámbitos familiares o sociales. Esto quiere decir que, por una parte, al realizar este tipo de trabajo, los estudiantes aprenden nuevas habilidades, establecen redes de contactos y desarrollan valores y actitudes que pueden influir en su futuro profesional. Pero desde otra perspectiva estas prácticas empiezan a cambiar las nociones de bienestar del individuo.

1.2 Género, trabajo y conciliación de roles

Es imperativo analizar el papel del género como una categoría de interseccionalidad que profundiza las brechas dentro de la PET. Las mujeres estudiantes trabajadoras no solo concilian la academia y el empleo, sino que enfrentan una "triple jornada" al asumir labores de cuidado y tareas domésticas que permanecen naturalizadas en el entorno familiar. Durante el trabajo de campo, se observó una asimetría clara: mientras los compañeros hombres suelen disponer de su tiempo post-laboral para el descanso o el estudio, las mujeres retornan a sus hogares para continuar una jornada de servicio invisibilizada.

Esta carga se hace palpable en mi propio registro autoetnográfico. Al finalizar los turnos laborales, el agotamiento no suele provenir únicamente de la atención al público o de las tareas administrativas, sino de la presión mental por lo que aún falta por hacer al cruzar la puerta de la casa. Con una mezcla de resignación y un sentido del deber arraigado, mi propia narrativa revela una continuidad del esfuerzo que no da tregua:

“Soy la mayor de dos hermanas y cuando llego a la casa debo organizar lo que llevamos para el día siguiente, hacer el almuerzo, lavar la ropa, ver que todo lo que necesita mi hermana esté listo. No importa si llego igual o más cansada que mis papás, porque esas eran mis responsabilidades desde antes de trabajar” (Diario de campo de la autora, 2023).

En este relato, el hogar deja de ser un espacio de reposo para convertirse en un segundo frente de trabajo. La frase "*esas eran mis responsabilidades desde antes*" desnuda una estructura de género rígida: el ingreso al mercado laboral no me liberó de los roles tradicionales de cuidadora, sino que los solapó. Esta doble presencia —el estar físicamente en el trabajo o la universidad pero con la mente ocupada en la logística doméstica— genera una brecha de tiempo y un desgaste emocional que afecta desproporcionadamente a las estudiantes. Es, en última instancia, una barrera invisible pero determinante que condiciona la trayectoria educativa y el derecho al descanso.

Estas dos cargas, lo pactado en el marco de familia y lo laboral, deben conciliar con los espacios en la universidad que corresponden a entregas de trabajos, ausentismo a las clases o sesiones de estudio individual que les obliga adelantar por su cuenta, asumir el vacío de faltar, gestionar las excusas e incluso hablar con los profesores para llegar a ciertas conciliaciones. Si bien estas son actividades cortas, se suman estas pequeñas cargas al rol de la estudiante y empiezan a generar una desventaja adicional debido a que hay un desequilibrio en la recepción de la información. Por otra parte, en campo se vio claramente cómo las estudiantes trabajadoras empiezan a ser receptoras de actos de exclusión por parte de sus compañeros de clase, pues se pueden llegar a percibir como desinteresadas por su vida académica y suelen ser desplazadas de grupo de estudio o de trabajos, lo que las quiebra emocionalmente, debido a que muchas veces estas personas que las excluyen son sus amigos cercanos, pero también las pone en la tarea de generar nuevos lazos para no atrasarse en sus labores académicas.

La experiencia de las mujeres estudiantes trabajadoras es el punto de partida de interseccionalidades que desafían las nociones tradicionales que se tienen acerca de roles de género y las oportunidades educativas. Chodorow (1978) argumenta que la socialización de género asigna a las mujeres desde temprana edad responsabilidades de cuidado que, al llegar a la vida adulta, se entrelazan con las demandas académicas y laborales. Es aquí donde se hace evidente que esta doble jornada, donde las estudiantes deben conciliar estudios, trabajo y cuidados, genera una sobrecarga que puede manifestarse en estrés, ansiedad y un deterioro en su rendimiento académico a la que no se ven enfrentados los hombres o por lo menos no fue reportado en la aproximación empírica en esta investigación.

La asimetría de género se agudiza al observar las trayectorias de las estudiantes que, además de cumplir con la jornada laboral y académica, asumen roles de cuidado primario. Se pudo evidenciar en campo que en el caso de “Karen”, estudiante de Emprendimiento y madre joven, la red de apoyo es exclusivamente femenina y familiar, recayendo principalmente en ella y sus parientes mujeres. Durante las sesiones de observación, fue común ver a “Karen” gestionando entregas académicas en los breves espacios entre su jornada laboral y el cuidado de su hija. La ausencia del padre no es solo una mención en su relato, sino una realidad que se materializa en el cansancio físico de “Karen”, quien debe estirar el tiempo para cubrir el vacío de una corresponsabilidad inexistente. Esta falta de presencia masculina en las labores de cuidado implica un esfuerzo adicional que ella asume con una carga mental constante:

“A veces siento que mi cabeza no da para más; estoy pensando en las cuentas de la empresa, en el parcial de mañana y en si mi hija ya comió o si tiene la ropa lista para el jardín. Es un esfuerzo que hago sola con mi mamá, porque el papá ni aporta, ni se hace cargo de la niña y mientras uno intenta graduarse” (Entrevista a Karen, 2024).

Este escenario refuerza la tesis de que la experiencia del estudiante trabajador está profundamente mediada por el género: mientras la paternidad rara vez interfiere en la trayectoria educativa de los hombres de la PET, para mujeres como “Karen”, la maternidad sin corresponsabilidad se convierte en un desafío estructural que pone en riesgo su permanencia en una universidad que no contempla estas realidades.

Esta situación se agrava cuando se considera la perspectiva interseccional propuesta por Crenshaw (1997). Es aquí donde se puede empezar a evidenciar que las mujeres estudiantes trabajadoras experimentan múltiples formas de opresión, no solo por su género, sino también por su clase social, raza, etnia u orientación sexual. Como argumenta Crenshaw (1997), las experiencias de las mujeres no pueden entenderse de manera aislada, sino que están moldeadas por la intersección de diversas categorías sociales. Así, una mujer estudiante trabajadora perteneciente a un grupo social específico se puede ver inmersa en otro tipo de discriminaciones que, en campo, al ser en universidades privadas, se pudo evidenciar que era una discriminación principalmente socioeconómica.

Más allá de una visión lineal que simplifique las desigualdades, el trabajo de campo permitió comprender que el nivel socioeconómico de las estudiantes interviene de manera significativa en la división de las labores domésticas. Si bien es cierto que el género es un determinante fundamental en la asignación de las actividades del hogar, una realidad ampliamente documentada en las ciencias sociales, esta dinámica adquiere matices particulares según el estrato social. Se pudo constatar que, en mayor medida, son las estudiantes con menores ingresos disponibles quienes asumen la responsabilidad de las labores de cuidado dentro de sus hogares, sin contar con la posibilidad de delegarlas a un tercero. Esto incluye tanto a estudiantes de estratos bajos, cuya vulnerabilidad económica es más evidente, como a estudiantes de estrato medio cuyo ingreso familiar, aunque formalmente más alto, no alcanza para costear servicios de cuidado externos. Es decir, el estrato catastral no es equivalente a la capacidad real de externalizar el trabajo doméstico: una familia de estrato 3 o 4 puede enfrentar cargas de cuidado igualmente intensas si sus ingresos están comprometidos por deudas, créditos educativos o gastos del hogar. Esta situación contrasta con la de sus pares en estratos socioeconómicos más altos, quienes disponen del capital económico necesario para contratar servicios que les liberen de estas responsabilidades.

Este contraste evidencia que las desigualdades no pueden ser analizadas únicamente desde la perspectiva del género. Es primordial considerar las especificidades del estrato, el ingreso o la posición social para comprender la totalidad de la carga de trabajo que enfrentan estas estudiantes en una universidad privada. El nivel socioeconómico no es un factor aislado, sino que actúa como un factor cruzado que intensifica las responsabilidades de género, creando una doble carga que impacta directamente en su disponibilidad de tiempo, energía y recursos mentales para sus estudios. Esta realidad, que opera en la cotidianidad de las estudiantes, se vuelve prácticamente invisible en el entorno universitario, que a menudo asume un modelo de estudiante ideal sin cargas externas. Por lo tanto, una mirada atenta a la intersección entre el género y el estrato socioeconómico es indispensable para visibilizar y abordar las verdaderas barreras que la PET enfrenta para alcanzar una equidad real en su trayectoria académica.

En el contexto colombiano, la división de labores del cuidado no se relaciona únicamente con la perspectiva de género que se le ha asignado a las labores del cuidado. Si

bien (Mier et al., 2007) establece que aunque se percibe que el modelo familiar tradicional, basado en la división de roles por género, se ha perpetuado la idea de que las mujeres son las responsables de cuidar a otros. A pesar de relacionar esta tarea comúnmente al género femenino, no se puede excluir que, en diferentes contextos socioeconómicos, esta afirmación no puede ser generalizada debido a que se desdibuja el rol femenino tradicional y se equiparan las cargas entre todos los miembros del núcleo.

Si bien es cierto que las mujeres suelen empezar a asumir gastos del hogar, esto no sucede en todas las escalas. Dependiendo de los ingresos de los padres, también se empiezan a desdibujar los roles de género tan marcados y se nota una interseccionalidad, que no es mínima, con el nivel económico de sus hogares. Pues a algunos de los estudiantes trabajadores, sus papás aún les dan un pequeño porcentaje de mesada. Como lo expuso (Krieger, 2002), esta realidad está muy atravesada por el lugar de donde viene la persona entendida desde el concepto de posición social, pues lo entiende como un "concepto agregado que incluye medidas basadas tanto en los recursos como en el prestigio, relacionadas con la posición de clase social en la infancia y en la edad adulta".

Entendiendo el prestigio desde la perspectiva de Krieger (2002) como el "acceso de las personas al consumo de bienes, servicios y conocimiento, y ligados al prestigio de su ocupación, a los ingresos y al nivel educacional," en el campo es evidente que este factor se vuelve un motor primordial para los estudiantes trabajadores, quienes buscan encajar con el estereotipo del estudiante de universidad privada. Un claro ejemplo de este contraste se observa en los casos de "Sergio" y "Valeria". Mientras que "Sergio", un estudiante de un estrato socioeconómico más alto, destina su salario a salidas sociales, dispositivos electrónicos y suscripciones, es decir, a consumos que refuerzan su estatus, "Valeria" se responsabiliza de obligaciones financieras de subsistencia: el crédito del ICETEX, transporte y una parte de los gastos del hogar. No obstante, "Valeria" también se esfuerza por destinar una porción de sus ingresos a actividades que la acerquen a los consumos de su círculo social, como salidas semanales con amigos, la compra de regalos para su familia y la documentación de estos eventos en sus redes sociales. Estos comportamientos y la adquisición de un estatus, aunque sea aparente, no solo disminuyen la brecha que ella siente en la universidad, sino que también son determinantes en las relaciones jerárquicas dentro de su núcleo familiar.

Este análisis etnográfico sugiere que, si bien ambos estudiantes trabajan, sus motivaciones y el uso de sus ingresos son radicalmente opuestos. Mientras que para “Sergio” el salario actúa como un excedente que le permite consolidar su posición de prestigio social sin alterar su estructura de gastos básica, para “Valeria” el ingreso es una herramienta con un doble propósito: por un lado, una necesidad ineludible para su sostenimiento y el de su hogar, y por otro, un instrumento de negociación y de afirmación de su identidad dentro de la universidad. El caso de "Valeria" demuestra cómo el prestigio no solo se busca a través del consumo, sino que se construye activamente como un mecanismo para sentirse parte de un grupo, a pesar de las presiones económicas subyacentes.

La tensión entre la necesidad económica y la búsqueda de pertenencia es una constante en la vida de la PET. El dinero, en este contexto, trasciende su función de medio de cambio para convertirse en una forma de capital simbólico (Bourdieu, 1986). Esta inversión, manifestada en la participación en espacios de ocio o en la compra de ciertos bienes de consumo, impacta directamente en la capacidad de ahorro y en las aspiraciones de las estudiantes. Este fenómeno se hizo tangible durante una jornada de observación con “Valeria”. Mientras caminábamos por zonas cercanas a la universidad, ella señalaba con cierta resignación cómo su salario se "esfumaba" en almuerzos o salidas que no podía rechazar:

“A veces mis amigos dicen: ‘vamos por un café’, y yo sé que ese café cuesta lo que yo gano en una hora de turno. Pero si no voy, me quedo por fuera de la charla, de los trabajos en grupo, de todo. No es que quiera presumir, es que, si no gasto lo que ellos gastan, dejo de existir para el grupo” (Nota de campo, 2023).

En este escenario, el gasto en ocio de “Valeria” no es un lujo, sino un mecanismo de supervivencia social. La presión por mantener un estilo de vida que espeje al del "estudiante tradicional" (de dedicación exclusiva y alto poder adquisitivo) le permite conservar sus redes de apoyo y su sentido de pertenencia, incluso a costa de una carga financiera que reduce su capacidad de ahorro a largo plazo. Así, el consumo deja de ser superficial para convertirse en un factor que determina la vida financiera de la PET y perpetúa las desigualdades, pues el costo de "pertenecer" es mucho más alto para quien debe trabajar para costearlo.

Estas dinámicas de prestigio y consumo no operan en un vacío social; por el contrario, se entrelazan de manera significativa con la construcción de la identidad de género, particularmente en los hombres. Los patrones de gasto y la búsqueda de estatus que se manifiestan en los casos de estudio pueden interpretarse como una respuesta a los mandatos de la masculinidad hegemónica. Al igual que la clase social impone cargas diferenciales en las labores del cuidado, el género moldea la forma en que los estudiantes perciben y utilizan sus ingresos. Los mecanismos de adaptación que idean los jóvenes de la PET para enfrentar estas tensiones no solo buscan la supervivencia económica, sino también la afirmación de una identidad de género que se considera válida y exitosa dentro de las jerarquías sociales.

Tomando el postulado de (Connell et al., 2021) en donde hace una relectura del concepto de masculinidad hegemónica y la entiende como una jerarquía de masculinidades determinada por masculinidades ejemplares que suponen ser un patrón dominante en las relaciones de género. En esta construcción de una masculinidad hegemónica se empieza a percibir que el ambiente laboral llega a ser uno de los lugares en donde los jóvenes empiezan a desarrollar otro tipo de patrones respecto al género. Esta intersección entre género y trabajo nos lleva a pensar en los mecanismos de adaptación que empiezan a idear dentro de la PET, pues, así como hay una carga diferencial en las labores dependiendo de su clase social² la forma en la que usan el dinero es diferencial.

Como señala Gallardo (2018) de acuerdo con lo propuesto por Connell, la masculinidad hegemónica se entiende como una jerarquía de masculinidades que se manifiesta en las relaciones de género. Es de acuerdo con el autor que se trae de nuevo a colación el ambiente laboral como un espacio crucial donde los jóvenes comienzan a desarrollar patrones de género, y se observa una conexión entre la masculinidad hegemónica y la violencia patriarcal. A su vez, se argumenta que la hegemonía no implica un dominio cultural absoluto, sino que los hombres se benefician de un sistema patriarcal que naturaliza la inferioridad de la mujer o con aquello que no es lo “suficientemente masculino”, lo que

² Clase social se refiere a grupos sociales surgidos de las relaciones económicas interdependientes entre las personas. la clase social tiene como premisa la situación estructural de la persona dentro de la economía, como empleador, empleado, autoempleado o desempleado (tanto en el sector formal como en el informal), y como propietario o no de capital, tierras u otras formas de inversión económica. (Connell et al., s. f.)

refuerza estructuras que excluyen a mujeres y personas con diversidad de género de posiciones de poder.

Dentro de esta discusión de género entorno a la masculinidad, se empieza a ver que se idealiza una responsabilidad masculina de proveer, procrear y proteger que se traduce en una necesidad masculina de solventar en el espacio público, mientras que la mujer lo hace en el dominio de lo privado. Es por esto por lo que encontramos que el manejo del dinero está generizado. Por una parte, muchos de los estudiantes hombres que trabajan y que son pertenecientes a clases sociales privilegiadas, destinan una parte de su salario para ahorrar y este ahorro lo destinan a elementos costosos como computadores, celulares o viajes que se perciben como recompensas por su labor. Sin embargo, hay un grupo principalmente compuesto por mujeres que destina estos ahorros para cubrir gastos necesarios, como apoyo en el hogar, pago del semestre o emergencias familiares. Ahora bien, no se puede dejar de lado que en muchos casos hay PET que no puede destinar ningún porcentaje al ahorro debido a que es su medio de subsistencia.

Se están vinculando para sostenerse, pero empiezan a ocupar roles de afuera. Podemos contrastar que, si bien los hombres estudiantes trabajadores pueden enfrentar desafíos específicos en términos de conciliación de la vida laboral y académica. Por ejemplo, pueden enfrentar la presión para ser el proveedor principal de la familia, la expectativa de ser el líder en el hogar y en el mercado laboral; en muchas ocasiones trabajan para su beneficio propio y si bien representan una figura de liderazgo esto también empieza a generar desigualdades en el ambiente familiar debido a la independencia económica que estos adquieren.

En el trabajo de campo se evidenció una divergencia marcada en el uso del excedente monetario según el género. Mientras que para los hombres de la PET el primer salario suele representar una ruta hacia la independencia económica y el consumo de bienes de ocio personal, para las mujeres el ingreso está profundamente mediado por redes de reciprocidad familiar. El dinero no se experimenta solo como poder adquisitivo individual, sino como una herramienta para el cuidado y el agradecimiento.

Esta dimensión emocional del salario se hizo explícita en una conversación con Valeria al finalizar una jornada de promoción en la universidad. Mientras guardaba sus implementos de trabajo, su rostro se iluminó al hablar de sus planes para el cierre de año. En su narrativa, el esfuerzo de los turnos extra no se medía en descanso, sino en la capacidad de retribuir a su entorno:

“...no imaginan la felicidad que tengo de trabajar y poderle dar a mi familia los regalos que siempre he querido de navidad.” (Nota de campo con Valeria, 2024).

Para “Valeria”, el gasto en obsequios no es un consumo superfluo, es un acto de afirmación dentro de su hogar. Sin embargo, esta tendencia a "aportar" o "regalar" revela que las mujeres de la PET mantienen una carga de responsabilidad afectiva y económica mayor que sus pares hombres. Mientras ellos "acumulan" para sí mismos, ellas "distribuyen" hacia el núcleo familiar, lo que genera una diferencia sutil pero constante en la capacidad de capitalización individual de cada uno. Esta diferencia en la gestión del salario no es un hecho aislado, sino que se manifiesta como una extensión de la división sexual del trabajo que también se reproduce en el espacio laboral universitario. Mientras la mujer destina su recurso económico a la cohesión del hogar, la institución tiende a espejar esa expectativa de servicio asignándole roles que mimetizan lo doméstico. Así, la carga de responsabilidad afectiva que asumen las estudiantes en sus casas encuentra una continuidad en la oficina, donde la operatividad técnica queda en manos de los hombres, mientras que la logística del bienestar y el cuidado del entorno recae, de manera naturalizada, sobre las mujeres.

Por consiguiente, se puede ver que a la mujer se le asignan labores diferentes, que se relacionan con actividades de cuidado o que incluso pueden tener un símil en labores del hogar tales como organizar la bodega, planear la celebración de cumpleaños, decorar el espacio o pedir los refrigerios. Mientras que, por otra parte, los hombres se encuentran en lugares de liderazgo, donde hacen relacionamiento directo con directivos, se encargan de realizar la nómina, establecen los agendamientos en las actividades y lideran charlas o actividades.

Esta segmentación de tareas se hizo evidente durante mis propias jornadas de trabajo en la oficina. Mientras mis compañeros hombres permanecían sentados en la mesa principal

atendiendo a la información que nos daban de la estructura de la nómina y los agendamientos de la semana, yo me desplazaba por el espacio encargándome de la logística del bienestar. Recuerdo observar cómo, casi de manera automática, interrumpía la toma de notas para organizar los refrigerios que acababan de llegar, asegurándome de que el café estuviera servido para la reunión. Nadie me daba una orden directa; simplemente asumía que esa labor de 'cuidado' del entorno me correspondía, mimetizando en la oficina esa disposición al servicio que también se me exige en el hogar como hija mayor. El contraste en el espacio era nítido, mientras el liderazgo masculino se ejercía desde la toma de decisiones y el diálogo con el poder, mi rol se diluía en una serie de micro-tareas domésticas que, aunque indispensables para que la oficina funcionara, permanecían invisibles frente a las labores de 'gestión' de mis pares hombres.

Ahora bien, dentro del universo que trae consigo el hablar de género, no se puede únicamente tratar estas masculinidades dentro del marco económico. En algunos casos, las mujeres enfrentan la discriminación y el sexismo en el mercado laboral donde existe una predominancia de lo cisheteronormativo, lo que puede afectar su satisfacción a nivel laboral y sus oportunidades de promoción. Una de las formas en las que se hace ver la diferenciación de género de manera muy marcada es en las políticas de apariencia que suelen hacer parte de los procesos de selección. Es en el marco de estos procesos que es clara una distinción física y sexual al momento de definir quién toma el cargo, por lo que se omiten cierto tipo de habilidades que pueden aportar en otra proporción a la labor del estudiante. Tal como se vio en el primer proceso de selección que presencié en mayo del 2024: En el proceso de selección que tuvo lugar en la oficina, la expectativa por los nuevos ingresos se manifestó a través de una dinámica social particular. Un grupo de hombres, ansiosos por conocer a sus nuevas compañeras, accedió a los correos de gerencia para buscar información sobre las candidatas. Su curiosidad, sin embargo, se centró en un tipo específico de información: buscaban sus perfiles de Instagram con el objetivo de clasificarlas por su atractivo físico, refiriéndose a ellas de manera despectiva.

Esta conducta, lejos de ser un simple acto informal, revela la presencia de una política de la apariencia implícita en el entorno laboral. Esta práctica se enmarca en lo que la reseña sobre el trabajo de Melissa Gregg (2011) define como "la disciplina del cuerpo y la gestión del afecto", es decir, una forma de labor que los trabajadores deben ejecutar para alinearse

con las expectativas de la organización. El cuerpo de las mujeres candidatas se convierte, de esta manera, en un objeto de escrutinio, donde su valor profesional queda supeditado a juicios sobre su físico, su condición social o incluso su nombre. Esta práctica no solo es una manifestación de la masculinidad hegemónica, sino que también es una forma de construir una jerarquía social dentro de la oficina, donde la validación del cuerpo femenino opera como un mecanismo de poder.

Este tipo de comportamientos, aunque no siempre se explicitan, son la base de un entorno laboral que subordina a las mujeres. Esto las obliga a navegar un espacio donde su apariencia es un factor que puede influir en su aceptación, en sus relaciones laborales y en sus trayectorias profesionales. Tal como manifestaron algunas de las mujeres presentes, esta actitud se percibía como irrelevante y degradante, y evidenciaba que, para este grupo, las mujeres eran valoradas más por su físico que por sus capacidades intelectuales.

1.3 Satisfacción e insatisfacción laboral en la PET

En este apartado se analizará la satisfacción laboral —entendida, siguiendo a Locke (1976), como el estado emocional positivo resultante de la evaluación que hace el trabajador de su empleo en relación con sus expectativas y valores— de las personas que estudian y trabajan en universidades privadas de Bogotá. Esto, debido a que se percibe una mayor vinculación laboral al momento de egresar con experiencia relacionada con el área de trabajo. Tal como lo menciona (Krieger, 2002) el trabajar y estudiar al mismo tiempo “...implica esta conjunción de conocimientos, habilidades, actitudes y valores orientados al desempeño social y profesional, además de funcionar como un puente con los mercados de trabajo, las necesidades del entorno y el desarrollo laboral y personal”.

El egresar con experiencia laboral se puede entender directamente como una ventaja competitiva en el mercado laboral debido a que esta espera personas que tengan algún tipo de experiencia. Sin embargo, esto no nos puede hacer dejar de lado que no todos los trabajos a los que tienen acceso los universitarios traen consigo estos beneficios a los que se asocia. El trabajar y estudiar en la mayoría de los casos se hacía por una necesidad específica que se debe suplir, en muchos casos puede ser el crédito que permite financiar la carrera, la manutención del estudiante o el aporte familiar, lo que hace que algunos estudiantes no

puedan elegir el trabajo al que aplican, si no que deben tomar decisiones en categorías muy limitadas.

Durante mi trabajo de campo me pude percatar que para acceder a trabajos que aportan profesionalmente a la PET se debe cumplir con ciertas habilidades ya estipuladas. Para lograr ingresar a cargos más administrativos se tienen restricciones de horario o capacidades tales como manejo de programas específicos, manejo de diversos idiomas o experiencia laboral. Al ingresar al sector laboral la PET se relaciona la satisfacción laboral con factores como el tipo de trabajo, la remuneración, las oportunidades de promoción y el apoyo de la empresa. Los estudiantes trabajadores pueden sentirse satisfechos con su trabajo si se sienten valorados y reconocidos por su esfuerzo, si tienen oportunidades de crecimiento y desarrollo, y si se sienten apoyados por su empresa.

Por otro lado, cuando los estudiantes trabajadores se sienten insatisfechos con su trabajo se debe principalmente a que sienten sobrecargados, si no tienen oportunidades de crecimiento y desarrollo, y si su trabajo no se vincula directamente con su profesión. Esto nos lleva a entender que la insatisfacción laboral puede afectar negativamente el bienestar y el rendimiento académico de los estudiantes trabajadores, y puede llevar a la deserción de la universidad o a la búsqueda de un trabajo más satisfactorio. Esto se hizo explícito en el campo no solo desde la perspectiva del empleado si no que también del empleador, quienes afirmaban que aquellos que estaban satisfechos con su labor hacían un mejor trabajo y resultaban ser más productivos.

La conciliación que debe hacer la PET entre estudios y trabajo en el contexto universitario colombiano representa un fenómeno complejo que merece una atención particular, pues como lo afirma (Urbano, 2023) “en el país solo 4 de cada 10 estudiantes que terminan el bachillerato logran acceder a la educación superior”. Y el ingreso a las IES no solo implican costear el valor de la matrícula, en el caso de las universidades privadas, si no que también empiezan a fomentar una participación social activa de quienes ingresan desde otras realidades no convencionales dentro de esta esfera social (así como son los créditos, becas o patrocinios). Esto implica buscar alternativas que les permitan costear los diferentes gastos adicionales a la matrícula y es aquí donde los jóvenes optan por buscar un empleo.

La participación laboral durante la etapa universitaria puede generar un impacto significativo en el desarrollo profesional de la PET, al proporcionar una experiencia práctica que complementa su formación académica. Los estudiantes se empiezan a percibir a sí mismos con ventaja laboral sobre sus compañeros. Sin embargo, es fundamental considerar que la calidad de esta experiencia cambiaría considerablemente, dependiendo de factores como el grado de relación entre el trabajo y la carrera, pues si no se relaciona con el área este puede no ser considerado con el mismo nivel de relevancia, las condiciones laborales y el nivel de apoyo institucional o conexiones que este genere. En este sentido, resulta crucial analizar cómo las características del empleo estudiantil influyen en la adquisición de competencias laborales transferibles y en la construcción de un proyecto profesional sólido.

El caso de “Ricardo”, egresado de psicología, ilustra una trayectoria particular dentro de la PET que desafía la percepción de los empleos estudiantiles como meramente transitorios. Si bien ingresó a su primer empleo en la universidad en un cargo diseñado específicamente para la población estudiantil, su recorrido profesional superó las expectativas del rol inicial. Durante mis observaciones en las oficinas de marketing, era notable el cambio de posición física y simbólica de “Ricardo”. Recuerdo haber visto fotos meses atrás de él en los puntos de información de la sede, de pie y con el uniforme institucional, respondiendo dudas básicas de los aspirantes. Cuando lo conocí, la escena era distinta, “Ricardo” ahora ocupaba un escritorio fijo, gestionaba bases de datos en Excel y supervisaba a un equipo de treinta y cinco (35) compañeros. En una de nuestras charlas, mientras revisaba el cronograma de turnos, comentaba la complejidad de su nueva posición:

“Empecé repartiendo volantes y ahora me encargo de que toda la operación de la feria funcione. No solo es el sueldo, es que aquí aprendí a manejar gente antes de graduarme de psicólogo” (Nota de campo, 2024).

A través de este trabajo, “Ricardo” logró consolidar una trayectoria profesional ascendente. Su paso del nivel jerárquico más bajo a ser líder de equipo no solo implicó un aumento en sus responsabilidades de gestión, sino una transformación en su identidad: ya no se percibe solo como un estudiante que “ayuda”, sino como un profesional en formación que ejerce autoridad. Este caso demuestra que la universidad, además de ser un centro de

enseñanza, opera para la PET como un mercado laboral real donde se negocian estatus y proyecciones de carrera.

Siguiendo el planteamiento de Sahlins (1997) sobre las prácticas culturales, es posible interpretar el trabajo estudiantil no solo como una carga estructural, sino como un espacio ambivalente de conformación identitaria. Si bien la subordinación es una constante, trayectorias como la de “Ricardo” demuestran que el empleo dentro del campus también funciona como un laboratorio de habilidades donde el estudiante negocia su estatus. Aquí, el trabajo deja de ser meramente transitorio para convertirse en un terreno de adquisición de capital simbólico y profesional. Por lo tanto, el impacto de la PET en el bienestar no es un cierre hermético de desventajas, sino un proceso con efectos diferenciados: para algunos es un ancla de agotamiento, pero para otros se transforma en una plataforma de movilidad que redefine su proyecto de vida.

Su ascenso evidencia cómo, para ciertos estudiantes, estos trabajos se convierten en un verdadero trampolín para el desarrollo profesional y la adquisición de capital humano y relacional. En una de nuestras conversaciones, “Ricardo” relató la relevancia de esta experiencia: *“Para mí, fue primero un trabajo para comprar mis cosas personales. Empecé en un ‘nivel básico’ y terminé con la confianza de que puedo liderar un equipo. Nunca imaginé que un trabajo de estudiante me diera la oportunidad de crecer así, tengo cargos altos y me acaban de aceptar en una multinacional”* (Ricardo, entrevista, 2024). Este relato etnográfico no solo revela que, más allá de la subsistencia económica, su trabajo le proporcionó un capital social y de liderazgo, sino que también subraya una reconfiguración de su identidad y sus aspiraciones profesionales.

La trayectoria de "Ricardo" demuestra que los empleos estudiantiles, si bien pueden no estar directamente alineados con la carrera, tienen el potencial de ser espacios de crecimiento significativo. En su caso, este trabajo no solo fue un medio para ganar un salario, sino que fue el vehículo para un ascenso social académico que le permitió proyectarse profesionalmente con mayor seguridad. Esto contrasta con la experiencia de aquellos estudiantes para quienes el trabajo se limita a una función de subsistencia, y evidencia que la percepción del valor del trabajo, y la agencia que el estudiante puede desarrollar en él,

dependen no solo del cargo, sino de la forma en que se construye y se vive la experiencia laboral.

Aunque su experiencia laboral y académica no se relacionaban directamente, utilizó sus habilidades blandas —competencias interpersonales y comunicativas no técnicas, como la empatía, el liderazgo y la resolución de conflictos, que complementan el saber disciplinar (Goleman, 1995)— para ejercer la psicología desde otra perspectiva, lo que le permitió destacar en su trabajo y llegar a la posición donde finalmente terminó. Esta experiencia y vinculación basada en una red de contactos le permitió no tener que lidiar con el problema que a cientos de jóvenes les preocupa constantemente al egresar el “*¿cómo conseguir mi primer empleo*”. Ese ¿qué vendrá después? Es una preocupación menos para la PET que se siente satisfecha con su lugar de trabajo como “Ricardo” quien me comentó “*es que yo soy feliz acá, hago lo que me gusta y conozco todos los procesos, es como mi segundo hogar y además me permitieron hacer mi posgrado con una beca*” (Nota de campo, 2024) .

Resulta analíticamente necesario resistir una lectura unidimensional que reduzca la experiencia del estudiante-trabajador a una condición de privación o desventaja acumulada. Desde la perspectiva de Bourdieu (1983), la acumulación de capital cultural no es un proceso neutro ni uniforme: requiere una inversión personal de tiempo que, paradójicamente, el trabajo asalariado comprime, pero también moldea de maneras que la trayectoria académica convencional no produce. Lo que el trabajo intramuros genera en muchos de estos estudiantes no es únicamente un ingreso, sino lo que podría denominarse un capital cultural incorporado de orden práctico: disposiciones hacia la responsabilidad, la gestión del tiempo y la negociación institucional que se adquieren en el ejercicio mismo de la doble condición. Esta dimensión no debe romantizarse, pero tampoco ignorarse. Lamont (2000) documenta, en su etnografía comparativa sobre trabajadores de clase popular, que la moral y la ética del esfuerzo constituyen el centro de sus mundos: los sujetos encuentran su identidad y su valía en la capacidad de autodisciplinarse y sostener una vida responsable, estándares morales que funcionan como alternativa a las definiciones económicas del éxito. Esta lógica opera también en la PET: el orgullo por sostener simultáneamente el trabajo y el estudio no es un efecto secundario de la experiencia universitaria, sino un principio organizador de la identidad en formación.

No obstante, es precisamente aquí donde la lectura debe volverse más cautelosa. Sennett y Cobb (1972) advierten que la clase social insta una disputa por la dignidad: la estructura social lleva a los sujetos a sentirse ansiosos, derrotados y a culparse a sí mismos por no haber logrado comandar el respeto de los demás, desviándolos de cuestionar los límites estructurales de su libertad al convencerlos de que primero deben legitimarse — alcanzar la dignidad en los propios términos de la sociedad de clases— para tener derecho a disputar esos términos. Trasladado al contexto de la PET, esto significa que la "ética del esfuerzo" que estos estudiantes construyen puede ser simultáneamente una forma genuina de agencia subjetiva y un mecanismo de interiorización de las condiciones de desigualdad: al atribuir su doble carga a una virtud personal, se corre el riesgo de naturalizar una estructura que exige de ciertos estudiantes un costo adicional que sus pares con dedicación exclusiva jamás enfrentan. La desigualdad educativa no reside solo en el acceso, sino también en la energía que distintos sujetos deben invertir para sostenerse dentro del campo.

Ahora bien, por otra parte, la doble carga que implica combinar estudios y trabajo genera un estrés considerable en los estudiantes, afectando de manera profunda su bienestar psicológico y físico. Si bien la participación laboral puede ofrecer beneficios económicos y profesionales, es fundamental atender a los costos asociados a esta decisión. El trabajo de campo permitió evidenciar que la sobrecarga no es solo una cuestión de tiempo, sino un ciclo de desgaste que consume recursos vitales. Más allá de las cifras, los relatos de los estudiantes trabajadores revelan un agotamiento crónico, un insomnio persistente y una ansiedad constante por no lograr cumplir con la totalidad de sus responsabilidades.

Este estrés se manifiesta en la cotidianidad, transformando los espacios académicos en fuentes de presión. Los estudiantes nos relataron cómo la falta de tiempo les obligaba a tomar decisiones drásticas, como faltar a una clase crucial para poder cumplir con una jornada laboral, o cómo el cansancio físico y mental les impedía concentrarse en las lecturas, obligándolos a sacrificar horas de sueño. Un exceso de horas de trabajo no solo disminuye el rendimiento académico, sino que limita drásticamente la participación en actividades extracurriculares y genera un desequilibrio palpable entre la vida personal, académica y laboral. Esta constante sensación de estar "siempre en falta", de nunca estar completamente presente en un solo rol, se convierte en el relato común de quienes navegan entre estos

mundos. El cuerpo, en este contexto, se convierte en el campo de batalla donde se libran las tensiones de la clase, el género y las aspiraciones de futuro.

La noción de liminalidad, desarrollada por Victor Turner a partir de los trabajos de Arnold van Gennep, ofrece una entrada teórica privilegiada para analizar la experiencia de los estudiantes que trabajan en condiciones de desigualdad. Turner (1969) describe al sujeto liminal como aquel que se encuentra *betwixt and between*: ha abandonado una posición social anterior pero aún no ha sido incorporado a la nueva, habitando un umbral donde las categorías estructurales se suspenden y la identidad se vuelve ambigua. En el contexto universitario, esta figura cobra especial relevancia para comprender a los estudiantes de la PET, quienes no encajan en el modelo del estudiante de tiempo completo que la institución asume como norma. Su posición no es transitoria en el sentido ritual clásico —una fase con resolución clara—, sino que reproduce cotidianamente las condiciones de esa ambigüedad: simbólicamente son estudiantes, pero su tiempo, energía y disposición están permanentemente tensionados por las exigencias del trabajo remunerado. Como señala Turner (1967), el sujeto liminal es "estructuralmente invisible" para el orden social que lo rodea, condición que se expresa, en el caso de la PET, en la escasa atención que las instituciones de educación superior prestan a esta población pese a su magnitud creciente.

Sin embargo, el esquema de Turner fue concebido para ritos con resolución: el iniciado atraviesa el umbral y regresa incorporado a una nueva posición social. La situación de los estudiantes que trabajan exige una actualización crítica de este marco. Bamber et al. (2017) distinguen entre liminalidad transitoria —propia del rito clásico— y liminalidad permanente, definida como un estado sostenido de no ser ni esto ni aquello, o de ser ambas cosas simultáneamente sin que ninguna se consolide. Para la estudiante-PET, la liminalidad no es una etapa que se supera al graduarse: es la forma estructural en que vive su trayectoria universitaria completa. Garsten (1999), en su análisis del trabajo temporal, ya advertía que cuando la ambigüedad de rol se prolonga indefinidamente, los sujetos la incorporan como rasgo estable de su identidad, asumiendo la incertidumbre y la falta de agencia como condición propia antes que como producto de un orden desigual. Esto tiene consecuencias directas sobre el acceso educativo en términos cualitativos: no basta con ingresar a la universidad si las condiciones materiales obligan a habitarla desde un umbral permanente

que erosiona la experiencia de aprendizaje, la construcción de pertenencia institucional y las posibilidades reales de permanencia y egreso.

Este fenómeno obliga a un debate más profundo sobre el rol de las instituciones educativas y los costos invisibles que recaen sobre esta población. La falta de tiempo y recursos no es una elección, sino el resultado de unas condiciones estructurales que terminan por comprometer la salud física y mental de los estudiantes.

Tal es el caso puntual de la tesis que están leyendo en este momento, el hecho de trabajar mientras estaba culminando mis estudios como antropóloga me llevó tener un rendimiento bajo en la carrera, constantemente entregaba trabajos tarde y no podía asistir a las clases porque mis horarios lo impedían. Aunque mi trabajo implicaba una carga relativamente baja debido al tipo de contratación, debía exceder el número de horas trabajadas para poder pagar el crédito de mi carrera y mi sostenimiento en la universidad, incluso en un punto debí por tener dos trabajos.

Esta carga que muchas veces no solo se expresó en mi bajo rendimiento académico, ni en la constante solicitud de prórrogas de entrega, sino que también me llevó a ser excluida de mi círculo social dentro de la carrera, pues no coincidían con que mi trabajo lo realizara aún sin asistir a clases. Adicionalmente, en tres ocasiones estuve incapacitada por estrés laboral, lo que me llevó a aplazar por un año mi segunda carrera y a tener consecuencias graves en salud física. Sin embargo, este trabajo me ha permitido adquirir experiencia valiosa sobre mi área de interés, adicional me ha ayudado a generar redes de networking que impulsan sin lugar a duda mi perfil profesional generando conexiones directas con reclutadores de grandes compañías, lo que genera una percepción de éxito laboral.

Capítulo 2: El trabajo estudiantil como factor de desigualdad

Este capítulo se centra en el trabajo estudiantil como un factor de desigualdad en el contexto de la educación superior en Colombia, particularmente en universidades privadas de Bogotá. Se argumenta que la combinación de estudio y trabajo no solo afecta el rendimiento académico de los estudiantes, sino que también perpetúa desigualdades sociales y económicas que limitan sus oportunidades de desarrollo personal y profesional. En este sentido, el trabajo estudiantil se presenta como un fenómeno complejo que requiere un análisis profundo de sus implicaciones en la vida de los jóvenes.

Desde la perspectiva de Bourdieu, podríamos analizar que la educación superior actúa como un mecanismo de reproducción social que favorece a aquellos estudiantes que provienen de contextos socioeconómicos más privilegiados. Esto se puede entender dando cuenta de que las estructuras educativas están diseñadas de tal manera que perpetúan las desigualdades existentes, lo que se traduce en una experiencia académica desigual para los estudiantes de diferentes estratos sociales. En este contexto, el trabajo estudiantil se convierte en un factor que agrava estas desigualdades, ya que los estudiantes trabajadores, a menudo provenientes de familias de bajos ingresos, enfrentan múltiples desafíos que afectan su capacidad para acceder a recursos educativos y, por ende, a una formación de calidad.

La clasificación del trabajo estudiantil propuesta por Béduwé y Giret (2004), citada por Planas-Coll y Enciso (2014), permite entender mejor las diferentes realidades laborales que enfrentan los estudiantes. Esta clasificación incluye trabajos de preinserción laboral plena, trabajos estudiantiles, empleos regulares y pequeñas contrataciones anticipadas, cada uno con sus propias características y consecuencias en la trayectoria académica de los estudiantes. Por ejemplo, los trabajos de preinserción laboral plena están más alineados con los estudios que realizan, lo que puede facilitar una transición más fluida al mercado laboral. En contraste, los trabajos de baja intensidad y no relacionados con los estudios pueden llevar a una desconexión entre la formación académica y las oportunidades laborales futuras.

Además, se incorpora la perspectiva de Giddens, quien argumenta que los individuos no son meramente productos de las estructuras sociales, sino que también tienen la capacidad de transformarlas a través de sus acciones. Este enfoque permite explorar cómo los estudiantes trabajadores desarrollan estrategias de adaptación para equilibrar sus responsabilidades laborales y académicas. Sin embargo, estas estrategias a menudo se ven limitadas por las barreras institucionales, como la rigidez de los modelos curriculares y la falta de apoyo por parte de las universidades. La estructura del sistema educativo, caracterizada por horarios rígidos y exigencias académicas altas, puede dificultar la capacidad de los estudiantes para trabajar muchas horas, lo que a su vez influye en el tipo de empleos que pueden conseguir.

El reconocimiento social del trabajo estudiantil también es un tema central en este capítulo. La falta de reconocimiento de las dificultades que enfrentan los estudiantes trabajadores puede limitar su capacidad para negociar mejores condiciones laborales y, en consecuencia, influir en su sentido de agencia. Este fenómeno se relaciona con las estructuras de poder existentes en las instituciones educativas y en el mercado laboral, donde los estudiantes a menudo se encuentran en posiciones de subordinación que afectan su autoestima y su percepción de sí mismos como agentes de cambio.

Finalmente, el capítulo busca visibilizar las dificultades que enfrentan los estudiantes trabajadores y cuestionar las estructuras que perpetúan estas desigualdades. Se invita a una reflexión crítica sobre la necesidad de políticas inclusivas que reconozcan y aborden las realidades de estos jóvenes, promoviendo un sistema educativo más equitativo que permita a todos los estudiantes, independientemente de su contexto socioeconómico, acceder a oportunidades de desarrollo y éxito académico. A través de un análisis exhaustivo de las experiencias de los estudiantes trabajadores, se espera contribuir a un entendimiento más profundo de cómo las dinámicas laborales y educativas se entrelazan, afectando la trayectoria de estos jóvenes en su búsqueda de un futuro más prometedor.

2.1. Inflexibilidad universitaria y reproducción de desigualdades

El trabajo estudiantil es un factor clave en la configuración de la desigualdad, especialmente en el contexto de la educación superior en Colombia. Este fenómeno no puede ser comprendido sin una mirada crítica a las relaciones asimétricas que se establecen, tal como lo postula Antón (2013). La autora define la desigualdad social como aquellas relaciones que "otorgan ventajas o privilegios a ciertos grupos, mientras que otros experimentan desventajas o discriminación". Estas dinámicas implican relaciones de poder donde algunos segmentos de la sociedad ejercen dominio, explotación u opresión sobre otros, quienes se encuentran en posiciones de subordinación o sometimiento. El presente estudio busca evidenciar cómo estas dinámicas de desigualdad se manifiestan y reproducen en la experiencia de los estudiantes que trabajan en una universidad privada.

La educación superior en Colombia, y en gran parte de Latinoamérica, opera bajo un modelo tradicional que se caracteriza por ser inflexible, con clases predominantemente presenciales y diurnas. Este modelo asume un perfil de estudiante "ideal" que dedica tiempo completo a sus estudios, sin considerar las realidades de la PET. La flexibilidad, en este contexto, se entiende como la capacidad de la institución para adaptarse a las diversas condiciones de vida de sus estudiantes, ofreciendo horarios, modalidades y apoyos que permitan la conciliación entre el trabajo y el estudio. La falta de este tipo de políticas institucionales perpetúa un sistema que favorece a quienes tienen la capacidad económica de dedicarse exclusivamente a su formación. Por ello, la escasa investigación sobre los estudiantes que trabajan en Latinoamérica, como señalan Cuevas y Ibarrola (2012), parece confirmar esta invisibilización, pues "el concepto de estudiante no tradicional es difícil de aplicar dado que es una categoría en la que se ubicaría una gran cantidad de jóvenes, por las condiciones económicas adversas que enfrenta la mayoría de ellos" (p. 2).

A lo largo de este texto, se argumenta que el trabajo estudiantil no es una elección neutra, sino un campo de tensiones sociales donde se cruzan la clase, el género y la identidad. Se abordarán debates clave como la doble carga que asumen las estudiantes, la construcción de la masculinidad hegemónica en el entorno laboral y la búsqueda de prestigio social a través del consumo, que refuerza un sentido de pertenencia a un grupo. A partir de una aproximación etnográfica, este estudio buscará analizar las experiencias de los estudiantes

de la PET para visibilizar cómo las dinámicas de desigualdad y las estructuras inflexibles de la universidad impactan en su trayectoria académica y su bienestar general.

El modelo curricular de las universidades corresponde a un sistema de asignaturas divididas en créditos (que corresponden en algunos casos al valor de la matrícula dividido en x número de créditos). Las asignaturas, según la cantidad de créditos en la malla curricular, tienen un porcentaje de participación diferente en el promedio global de notas. Esto les confiere un "nivel de importancia" implícito dentro del programa académico. Sin embargo, más allá de esta jerarquía, la estructura misma del programa es un factor crucial en la experiencia de los estudiantes que trabajan. Las clases se imparten de manera diurna y presencial, un modelo que demanda la dedicación exclusiva de los estudiantes. Se espera que el trabajo autónomo se realice por fuera del horario de clase, lo que profundiza la carga para quienes también tienen responsabilidades laborales.

En este contexto, el lugar de la flexibilización es casi inexistente. La posibilidad de que un estudiante pueda inscribir los créditos necesarios para conciliar su trabajo y sus estudios es una medida de flexibilidad que el modelo tradicional no contempla. La estructura curricular, al priorizar la presencialidad y la jornada completa, invisibiliza a la PET y la obliga a navegar un sistema rígido. Esta falta de flexibilidad institucional se convierte en una barrera más para la permanencia de estos estudiantes, quienes deben elegir entre sus responsabilidades laborales y un sistema académico que no se adapta a sus realidades.

El modelo pedagógico tradicional presupone un estudiante con dedicación exclusiva, lo que obliga a la PET a sacrificar horas de sueño y trabajo autónomo. Esta falta de flexibilidad se traduce en ausentismo, jornadas laborales nocturnas y, en los casos más críticos, en la deserción. Es en esta tensión donde se evidencia que la transmisión del conocimiento no es equitativa: mientras el sistema de evaluación es estándar, las condiciones de partida son profundamente desiguales. Esta barrera institucional se personifica en la historia de "Marta" estudiante de biología. Durante un encuentro en el que su tono de voz denotaba una mezcla de indignación y derrota, ella compartió cómo el reglamento de asistencia se convirtió en el verdugo de su carrera profesional:

“¿No te conté, Aleja? Yo estuve a punto de graduarme como Ingeniera Ambiental... Pero me tocó retirarme. Una profesora me hizo perder la materia 4 veces por fallas, pero yo tenía que trabajar o si no ¿quién me pagaba la universidad? A mis compañeros no les parecía y se quejaron... por eso perdí la materia. Entutelé a la universidad donde estudiaba antes, pero salió ganando porque tenía derecho a manejarlo internamente” (Entrevista a Marta, 2024).

La experiencia de “Marta” revela que la autonomía universitaria, en ocasiones, se utiliza para blindar reglamentos que no contemplan la realidad socioeconómica de sus estudiantes. El hecho de que sus propios compañeros se quejaron por su ausentismo demuestra, además, una falta de empatía de clase dentro del aula, donde el privilegio de solo estudiar se convierte en la norma que juzga y castiga a quien debe trabajar para permanecer.

La historia de esta estudiante, quien se encontraba próxima a graduarse como ingeniera ambiental, ilustra de manera contundente la inflexibilidad del modelo universitario y la batalla que muchos estudiantes trabajadores libran por su permanencia. Su relato es un testimonio directo de cómo las políticas internas de la institución pueden entrar en conflicto con la necesidad de subsistencia de la PET. La estudiante perdió una materia clave en cuatro ocasiones debido a las inasistencias, que eran el resultado directo de tener que trabajar para pagar su educación. Esta situación es reveladora, ya que su profesora, al aplicar una norma de manera rígida, ignoró por completo las circunstancias económicas que motivaban sus ausencias.

Este caso, más allá de ser una situación aislada, refleja un debate crucial en el entorno académico: ¿para quiénes están diseñadas las reglas institucionales? La estudiante intentó defender su caso a través de una tutela, pero la universidad se amparó en su derecho a resolver el asunto de manera interna, reafirmando así su poder y la invisibilidad de las demandas de los estudiantes con una doble carga. La percepción de sus compañeros, quienes se quejaron ante la profesora por un trato aparentemente preferencial, evidencia la falta de empatía y comprensión sobre las realidades socioeconómicas que coexisten en el mismo espacio universitario.

El análisis de Carlos Muñiz Terra (2007) ofrece un marco teórico ideal para comprender que la historia de la estudiante de ingeniería es un fenómeno estructural y no un

caso aislado. Muñiz Terra aborda la precariedad de la vida estudiantil en América Latina, argumentando que las universidades, con sus modelos de educación inflexibles, reproducen las desigualdades sociales al no estar diseñadas para la realidad de los estudiantes trabajadores. La imposibilidad de la estudiante de conciliar su trabajo con las clases diurnas y presenciales es un claro ejemplo de cómo la inflexibilidad institucional se convierte en una barrera que genera una sensación de fracaso personal, cuando en realidad es el sistema el que falla. Este autor permite pasar de una lectura individual de la historia a una crítica del modelo universitario, que expulsa a estudiantes con potencial y talento por no poder adaptarse a un formato que privilegia el tiempo libre y la dedicación exclusiva al estudio.

Esta situación no solo afectó la trayectoria académica de la estudiante, obligándola a retirarse, sino que también puso en evidencia un sistema de reglas que, si bien son transparentes, están diseñadas para un perfil de estudiante que no existe para la gran mayoría de la población. Su historia se convierte así en un claro ejemplo de cómo la inflexibilidad institucional, la falta de empatía del entorno y la asimetría de poder entre la universidad y el estudiante, actúan como barreras reales que frustran la posibilidad de un ascenso social a través de la educación superior.

En el contexto de la educación superior colombiana, el trabajo estudiantil emerge como un fenómeno complejo y multifacético que trasciende la estrategia individual de subsistencia económica. A través de un análisis crítico y profundo, se revela como un síntoma y, a su vez, un agente perpetuador de la desigualdad socioeconómica que permea el sistema educativo y la sociedad en su conjunto.

La necesidad de generar ingresos para cubrir los costos asociados a la vida universitaria, que incluyen la matrícula, el transporte, los materiales de estudio y la manutención básica, coloca a los estudiantes provenientes de hogares con recursos económicos limitados en una situación de desventaja desde el inicio de su trayectoria académica. Esta disparidad inicial se manifiesta en la disparidad de oportunidades a las que tienen acceso unos y otros estudiantes. Mientras que los estudiantes de estratos socioeconómicos más favorecidos pueden dedicar la totalidad de su tiempo y energía al estudio, la participación en actividades extracurriculares y el aprovechamiento de los recursos educativos disponibles, la PET se ve obligada a dividir sus esfuerzos entre el trabajo

y el estudio, lo que inevitablemente impacta su rendimiento académico y su desarrollo integral.

Esta situación se agudiza aún más cuando se constata que el sistema educativo, en no pocos casos, se muestra indiferente o incapaz de ofrecer las herramientas y los apoyos necesarios para que los estudiantes trabajadores puedan conciliar sus responsabilidades laborales y académicas de manera efectiva. La rigidez de los horarios, la falta de flexibilidad en los programas de estudio, la escasez de becas y ayudas económicas y la ausencia de políticas de reconocimiento y apoyo a los estudiantes trabajadores son algunos de los obstáculos que estos jóvenes enfrentan en su búsqueda de una formación de calidad.

En este punto, resulta pertinente traer a colación la teoría de la reproducción social de (Bourdieu & Passeron, 1970) quienes nos permiten argumentar que el sistema educativo, lejos de ser un espacio de igualdad de oportunidades, tiende a reproducir las desigualdades sociales existentes. Los estudiantes de bajos recursos, al verse obligados a trabajar para subsistir, se ven privados de oportunidades que sí están al alcance de sus compañeros de estratos más privilegiados, lo que perpetúa un círculo vicioso en el que la falta de recursos limita el acceso a una educación de calidad, lo que a su vez restringe las posibilidades de movilidad social y económica.

Esta teoría se materializa de forma palpable en los relatos de los estudiantes, evidenciando un contraste crudo entre sus experiencias y las de sus compañeros de estratos más altos. Mientras que estos últimos dedican sus tardes a grupos de investigación, a la preparación de proyectos extracurriculares o a reforzar conocimientos en espacios de estudio, la PET debe dirigirse a sus empleos. Esta dinámica no solo limita su participación en la vida académica de la universidad, sino que genera una constante sensación de estar "en falta", de no pertenecer del todo al entorno universitario. La necesidad de trabajar no solo consume su tiempo y energía, sino que les impide acceder a las mismas redes de contacto y oportunidades de enriquecimiento académico que, a largo plazo, son cruciales para el desarrollo profesional. El trabajo que les permite costear su educación es el mismo que les roba las experiencias que podrían garantizar un ascenso social real, perpetuando así la desigualdad que buscaban superar.

El testimonio de “Ricardo” no solo revela un caso de crecimiento profesional, sino también la adquisición de un capital social y de liderazgo que le permitió proyectarse con mayor seguridad, reconfigurando así su identidad y sus aspiraciones.

Desde la perspectiva de Pierre Bourdieu (1970/2005), la experiencia de “Ricardo” es un ejemplo de cómo los estudiantes trabajadores, en ciertos casos, logran acumular capital cultural y social incluso en empleos de medio tiempo. El ascenso de “Ricardo” no se puede explicar únicamente por la acumulación de un capital económico, sino por su capacidad para transformar una posición subordinada en una plataforma de desarrollo. Este proceso le permitió adquirir habilidades de liderazgo, una red de contactos y una confianza en sí mismo que constituyen un capital invaluable para su futuro profesional. No obstante, este caso contrasta con la experiencia de aquellos estudiantes para quienes el trabajo se limita a una función de subsistencia, y no se convierte en una oportunidad de desarrollo. Esto demuestra que la agencia que el estudiante puede desarrollar en su empleo depende no solo de las condiciones laborales, sino de la forma en que el contexto le permite transformar su experiencia en un activo para su carrera, tal como lo plantea la teoría de la reproducción social.

Ahora bien, en términos marxistas (Marx, 1987), el trabajo estudiantil puede ser analizado como una forma de explotación. Los estudiantes trabajadores, al verse obligados a aceptar empleos precarios y mal remunerados, contribuyen a la acumulación de capital de las empresas, mientras que sus propias oportunidades de desarrollo personal y profesional se ven comprometidas. En este sentido, podemos analizar que el trabajo estudiantil se revela como una expresión más de la lucha de clases que caracteriza a las sociedades capitalistas.

Tal como lo revelan los relatos, la experiencia del estudiante trabajador se caracteriza por una constante transición entre dos mundos que rara vez se encuentran. La entrada al campus, después de una jornada laboral, marca un quiebre mental y físico. Un estudiante nos compartió esta tensión: *“Cuando llego a clase después de mi turno, me siento mentalmente en otro lugar. Mis compañeros están hablando de las lecturas y yo solo pienso en las ventas que me faltaron o en las horas extra que tengo que hacer. Es como vivir dos vidas, pero nunca estás completamente en ninguna de ellas”* (participante, entrevista, 2024). Este testimonio pone en evidencia que la doble carga no es solo una cuestión de tiempo, sino de

espacio cognitivo —entendido aquí como la capacidad mental disponible para procesar información, sostener la atención y consolidar aprendizajes, que se ve reducida cuando los recursos atencionales están fragmentados entre múltiples demandas simultáneas (Sweller, 1988)—. La universidad, con su cultura y sus exigencias, exige una inmersión completa que el estudiante trabajador, por sus condiciones, no puede permitirse. La consecuencia de esta disonancia es una sensación de aislamiento y la imposibilidad de acumular plenamente el capital social y cultural que sus compañeros más privilegiados adquieren de forma natural, perpetuando así la desigualdad que el sistema educativo, en teoría, busca combatir.

Con base en la teoría del sistema-mundo de Wallerstein leída por Sánchez (2018), la desigualdad socioeconómica no es un fenómeno exclusivo de las sociedades individuales, sino que se manifiesta a escala global. Esta división del trabajo y su estructura de centro-periferia se reproducen de manera palpable en la educación superior, donde el ecosistema universitario opera como un centro de capital cultural y de oportunidades. En este contexto, los estudiantes de la PET se sitúan en una periferia forzada al verse obligados a insertarse en la fuerza laboral para subsistir. Este desequilibrio, que se manifiesta en la asimetría de poder y en la inflexibilidad de las instituciones, genera un círculo vicioso que perpetúa las desigualdades sociales. De esta forma, las dinámicas de desigualdad global se materializan en el ámbito local, donde el acceso a una educación de calidad se ve restringido, limitando las posibilidades de movilidad social y económica para los estudiantes que más lo necesitan.

Es fundamental retomar la perspectiva de De Sousa Santos (2010), quien nos invita a descolonizar el conocimiento y a reconocer la diversidad de experiencias y saberes que existen más allá de los paradigmas occidentales. En este sentido, durante la investigación se puede observar que es necesario que las IES den voz a los estudiantes trabajadores, escuchar sus testimonios y valorar sus estrategias de resistencia y adaptación con el fin de construir un sistema educativo más justo, inclusivo y equitativo.

2.2 Adaptabilidad y resistencia en la experiencia estudiantil trabajadora

El proceso entrar a la universidad es de por sí complejo, más si es una “universidad de elite” o referencia nacional, pues se empiezan a atribuir significados al ser estudiante de una u otra institución. Sumado a esto, la PET debe adaptarse a una rutina extenuante

compuesta de trabajo, estudio y labores de cuidado, siendo una realidad cotidiana que implica un fuerte desgaste físico y mental. En ese caso, la conciliación entre estudios y trabajo representa un desafío significativo para los estudiantes universitarios, especialmente en contextos socioeconómicos desfavorecidos, esto debido a que deben tener mecanismos de resistencia, al ser el trabajo uno de sus métodos de sostenimiento o apoyo económico. Es aquí donde se empieza a consolidar la identidad del estudiante trabajador como una persona que se adapta a los cambios y adquiere capacidad de resiliencia frente a las dificultades.

La realidad socioeconómica de la población estudiantil en universidades privadas de Bogotá, como se ha analizado, es heterogénea y compleja, desafiando cualquier intento de categorización lineal. No obstante, en medio de esta diversidad, existe una experiencia común que articula las trayectorias de muchos de los estudiantes: la necesidad de equilibrar el trabajo y el estudio. Esta doble carga se traduce en una presión económica constante que se convierte en un factor determinante, influyendo de manera significativa en su rendimiento académico y en su bienestar emocional. Este desequilibrio, que se convierte en la norma, revela la vulnerabilidad de esta población y la urgencia de analizar las estructuras institucionales que perpetúan esta condición.

En un contexto de inflexibilidad institucional, los estudiantes de la PET implementan una serie de estrategias de resistencia cultural que les permiten negociar sus realidades académicas y laborales. Un ejemplo de ello es la creación de redes de apoyo que, más que un simple intercambio de notas, operan como un sistema de solidaridad y reciprocidad entre pares. Estas redes se vuelven cruciales en el aprendizaje autónomo, ya que los estudiantes las utilizan para suplir la ausencia en clases y adelantar contenidos. Este mecanismo informal de apoyo no solo demuestra la agencia de los estudiantes, sino que también subraya la acumulación de un capital social vital en la lucha por la permanencia, un capital que se construye en contraposición a las redes formales y académicas que no pueden cultivar plenamente.

La planificación en la PET no es un ejercicio de libertad académica, sino una táctica de supervivencia institucional. Los estudiantes se ven obligados a gestionar su tiempo y sus redes de contacto para que el sistema no los expulse. La cita etnográfica de una de las

participantes ilustra de forma contundente la tensión inherente a estas estrategias, donde el deseo individual se subordina a la logística grupal:

“Me tocó cambiar la clase que quería ver, pero qué más hacía si Juliana no la quería ver y yo no me podía atrasar. Tocaba aprovechar o si no pierdo y ahí qué” (Entrevista a Karen, 2024).

Este testimonio evidencia cómo las decisiones académicas dejan de ser un reflejo de las aspiraciones vocacionales y se transforman en una elección estratégica. La capacidad de 'aprovechar' la red de apoyo, en este caso, coordinar horarios con una compañera para compartir cargas, se vuelve más importante que el contenido de la clase en sí. Se pudo observar en el campo que esta administración del tiempo no es lineal; es una fragmentación constante donde se aprovecha cada momento libre, desde el trayecto en el bus hasta los minutos previos a un turno, para avanzar en las responsabilidades. Sin embargo, esta planificación esencial para lograr el equilibrio tiene un costo invisible: la pérdida de la autonomía. La "resistencia" de estudiantes como “Karen” es, en realidad, una respuesta necesaria a una estructura que los margina y los obliga a sacrificar sus preferencias con tal de garantizar la permanencia.

La agencia de los estudiantes de la PET no debe reducirse exclusivamente a una respuesta de resistencia frente a la dominación. Siguiendo a Giddens, los sujetos se relacionan de forma reflexiva con la estructura; sus acciones están orientadas por deseos y proyectos subjetivos que desbordan la simple adaptación. Estas estrategias se activan a través de redes de apoyo dinámicas —compuestas por pares, familiares y, en ocasiones, docentes empáticos— que funcionan como 'amortiguadores' institucionales. La emergencia de estas redes no es azarosa, sino que responde a la capacidad de los sujetos para identificar grietas en la rigidez académica y convertirlas en oportunidades de permanencia, demostrando que la subjetividad del estudiante trabajador es un motor activo que busca conciliar la necesidad con la aspiración personal.

De esta manera, aunque estas estrategias revelan una notable resiliencia, no son exentas de costo; demuestran que la lucha por la permanencia obliga a los estudiantes a sacrificar su autonomía y sus preferencias, evidenciando que su "resistencia" es una respuesta necesaria a una estructura que los margina. Estas situaciones, llevan a los estudiantes a que

al tener que trabajar mientras cursan sus estudios, planteen estrategias para sobrellevar la carga como lo es la administración del tiempo, en la que se organizan estableciendo horarios, priorizan sus tareas y aprovechan cada momento libre para avanzar tanto en sus estudios como en sus trabajos. Es aquí donde la planificación se vuelve esencial para lograr un equilibrio entre ambas responsabilidades.

Asimismo, buscar apoyo resulta fundamental. Muchos estudiantes se integran a grupos de estudio donde se brindan ayuda mutua, otros recurren a sus profesores para aclarar dudas o solicitar orientación. Sin embargo, estas redes de apoyo no solo se refieren al ámbito académico, pues también es relevante buscar apoyo emocional, ya sea con amigos, familiares o profesionales debido a que cuidar la salud mental es crucial para sobrellevar el estrés y la exigencia que implica estudiar y trabajar simultáneamente, se esfuerzan por dormir lo suficiente, mantener una alimentación saludable y realizar actividad física.

Estos roles fundamentales que desempeñaron diversas personas dentro de los múltiples círculos a los que pertenezco, permitieron la realización oportuna del trabajo. Sin embargo, hubo una diferenciación significativa en el avance progresivo que tuvieron mis compañeros y el que teníamos las personas que debíamos trabajar. Esto claro fue un constante reto tanto mi, como estudiante como para mi profesora, quien afortunadamente (para mí) era una persona comprensiva que se podía ajustar a mis tiempos. Sin embargo, este no es el caso de toda la PET. Pues durante este proceso, una compañera que estaba en sus prácticas estuvo a punto de perder su nota, pues su docente le dijo que renunciaba al trabajo o perdía la materia.

Desde la perspectiva de Bourdieu, el habitus de los estudiantes trabajadores no permanece estático frente a un campo que les es estructuralmente adverso, sino que se reconfigura de manera activa en respuesta a las condiciones objetivas que impone la universidad privada. Esta reconfiguración no debe leerse como una resistencia heroica ni como una simple adaptación pasiva a la estructura; se trata, más precisamente, de lo que Bourdieu (1980) denomina el *sens pratique*: una disposición incorporada que genera estrategias de acción eficaces sin requerir un cálculo racional explícito. Cuando una estudiante reorganiza su carga académica en función de sus horarios laborales, activa redes de apoyo entre pares o negocia condiciones con docentes, no está cediendo ante las reglas

del juego universitario, sino desplegando un conocimiento situado que le permite operar con eficiencia dentro de márgenes estructuralmente estrechos. Este repertorio de prácticas revela que la agencia de la PET no emerge a pesar de la escasez de recursos, sino precisamente a través de ella: la restricción temporal se convierte en el principio organizador de una racionalidad práctica orientada a la permanencia. Bourdieu y Wacquant (1992) advierten, no obstante, que este tipo de agencia opera siempre dentro de los límites que el campo impone, lo que obliga a no romantizar estas estrategias como subversión del orden, sino a reconocerlas como formas de disputa posible dentro de una estructura que no ha sido diseñada para quienes deben sostener simultáneamente la reproducción económica y la acumulación de capital cultural.

Frente a la inflexibilidad institucional y la precariedad de la vida estudiantil, las redes de apoyo emergen como un mecanismo crucial para la supervivencia académica y emocional de los estudiantes trabajadores. Estas redes desempeñan diversas funciones que van más allá del simple intercambio de información y conocimientos, pues al operar como un espacio de solidaridad y reciprocidad, facilitan la construcción de capital social y brindan un soporte emocional fundamental para afrontar la doble carga académica y laboral. De esta forma, no solo contribuyen a reducir los niveles de estrés y ansiedad, sino que también fomentan la construcción de identidades colectivas y fortalecen el sentido de pertenencia en un entorno que a menudo puede resultar aislante y hostil para esta población. El presente estudio profundizará en el análisis de estas redes como una de las principales estrategias de resistencia cultural de la PET, examinando sus funciones y el papel que desempeñan en la reconfiguración de sus trayectorias.

Estas prácticas, lejos de ser meramente adaptativas, constituyen formas de agencia que permiten a los estudiantes resignificar sus trayectorias educativas y laborales. Entendemos la adaptabilidad, tal como la define Mamani Ruiz (2017), como la capacidad de responder adecuadamente a las exigencias del entorno para lograr la homeostasis. Sin embargo, la agencia de la PET implica una acción más proactiva: la de transformar o reconfigurar las condiciones dadas. Al analizar estas estrategias, se evidencia cómo los estudiantes no son únicamente receptores pasivos de las normas institucionales, sino sujetos activos que, a través de la construcción de redes de apoyo y la modificación estratégica de sus horarios, buscan alternativas y crean sus propias realidades para alcanzar sus objetivos.

Sin embargo, es crucial reconocer que esta agencia es una agencia constreñida. La capacidad de 'negociar' las demandas académicas y laborales no es una elección libre, sino una respuesta necesaria a las estructuras inflexibles del sistema. Los estudiantes demuestran su resiliencia y creatividad, pero lo hacen en un contexto que limita profundamente sus opciones, revelando la tensión constante entre la acción individual y las barreras sistémicas —entendidas como los obstáculos estructurales e institucionales que, de manera no siempre explícita, limitan las posibilidades de ciertos grupos sociales independientemente de su esfuerzo o capacidad individual (Young, 1990)—. En este sentido, la agencia de los estudiantes trabajadores se convierte en un indicador de las fisuras en el modelo educativo, demostrando que su capacidad de supervivencia es una crítica tácita a un sistema que no fue diseñado para ellos.

Esto quiere decir que al no sentirse respaldados por las instituciones, es muy común que se empiecen a generar nuevos espacios de apoyo que responden a las necesidades de los estudiantes y llegan a generar cambios o alertas dentro de las instituciones, como mencionaba anteriormente es mi caso personal, en el que si bien la universidad exige unos parámetros para las fechas de entrega de documentos, al ser más perceptible a estas nuevas formas de ser estudiantes permite extensiones en cuanto al tiempo y evalúa casos individuales desde diferentes dependencias que permiten tener la correcta finalización de los procesos académicos.

Las prácticas de los estudiantes, lejos de ser únicamente mecanismos de adaptación pasiva, deben ser entendidas como expresiones de agencia en su lucha por la permanencia. Si bien la adaptabilidad se refiere a la capacidad de un sujeto para conformarse a las exigencias del entorno, la agencia implica una acción más proactiva: la de negociar y reconfigurar las condiciones dadas para poder sobrevivir en un sistema que no fue diseñado para ellos. A través de estrategias de resistencia cultural, como la creación de redes de apoyo y la reconfiguración estratégica de sus horarios, los estudiantes se convierten en sujetos activos que buscan transformar sus trayectorias educativas y laborales.

No obstante, es crucial subrayar que esta agencia no es una expresión de libertad total, sino una agencia restringida. La capacidad de 'negociar' las demandas académicas y laborales no es una elección libre, sino una respuesta necesaria a las estructuras inflexibles del sistema.

La agencia que demuestran los estudiantes es una crítica tácita a un modelo educativo que los margina, revelando que su capacidad de supervivencia es una manifestación de su lucha por la permanencia. Esta doble condición de ser sujetos activos, pero en un contexto de opciones limitadas, demuestra cómo la resiliencia de la PET es, en sí misma, una evidencia de las fallas de un sistema que privilegia una 'monocultura' estudiantil sobre la diversidad de sus propias realidades.

La rigidez de los modelos curriculares universitarios, diseñados bajo premisas de una sociedad homogénea, genera tensiones significativas en la experiencia de los estudiantes trabajadores. Esta rigidez no es solo una cuestión de horarios inflexibles, sino que se extiende a políticas de asistencia estrictas y a una carga académica que asume una dedicación de tiempo completo. Tal modelo, concebido para un estudiante ideal que puede destinar su jornada exclusivamente al estudio, choca frontalmente con la realidad de la PET, para quienes la universidad es solo una parte de su compleja vida cotidiana. Este desajuste estructural es el punto de partida de un conflicto que se manifiesta en cada clase perdida, cada trabajo no entregado y cada oportunidad académica desaprovechada.

Frente a estas estructuras, los estudiantes se ven obligados a desarrollar un conjunto de estrategias de supervivencia que les permitan negociar la constante fricción entre sus identidades estudiantiles y laborales. Estas prácticas, lejos de ser meramente adaptativas, constituyen una forma de agencia que redefine su trayectoria académica. Por ejemplo, las redes de apoyo que se construyen no son simples grupos de estudio, sino verdaderos sistemas de solidaridad activa, donde se comparten apuntes de clases perdidas y se coordinan para asegurarse de que siempre haya alguien presente. Paralelamente, la "gestión del tiempo" se transforma en un arte de la supervivencia, donde cada hora libre es asignada estratégicamente para equilibrar el estudio autónomo y las responsabilidades laborales.

No obstante, esta agencia no está exenta de un costo personal y social. La lucha por la permanencia somete a los estudiantes a una presión constante que no solo afecta su rendimiento académico, sino que también tiene un impacto directo en su bienestar emocional. La necesidad de abandonar el campus inmediatamente después de clase para cumplir con los horarios laborales los aísla de la vida social universitaria, privándolos de las interacciones que construyen el capital social y las redes de apoyo informal. La dedicación exclusiva a sus

estudios y empleos, a menudo, los lleva a sacrificar sus intereses personales y a un estado de agotamiento crónico, evidenciando que su supervivencia en el sistema se logra a un alto precio.

De esta forma, las prácticas cotidianas de la PET, lejos de ser aisladas, forman parte de una cultura estudiantil más amplia que se caracteriza por la cooperación y la resistencia. A través de la solidaridad entre pares, los estudiantes no solo persisten en sus estudios, sino que también redefinen el sentido de la educación en su propia experiencia. Esta cultura de resistencia —en el sentido que le dan Hall y Jefferson (1976) a las subculturas que, desde posiciones subalternas, reelaboran creativamente las condiciones que las oprimen—, que se construye desde la periferia de la vida universitaria, se convierte en una crítica tácita a las estructuras institucionales que los marginan, evidenciando las fallas de un modelo que privilegia una 'monocultura' estudiantil sobre la diversidad y complejidad de sus propias realidades.

Es en este punto es donde se nos permitió visibilizar las desigualdades sociales y culturales que atraviesan el sistema educativo. Al analizar las estrategias de adaptación y resistencia de los estudiantes, podemos comprender cómo las instituciones educativas responden o no a sus necesidades. Además, el papel de la educación en la reproducción de las desigualdades sociales y en la construcción de oportunidades para todos es crucial en el desarrollo, pues es aquí donde se instauran y perpetúan estas estructuras desiguales.

La experiencia de ser un estudiante trabajador en una universidad privada también tiene implicaciones en la construcción de la identidad de los jóvenes. La presión por cumplir con las expectativas académicas y laborales puede llevar a una percepción negativa de sí mismos, afectando su autoestima y su sentido de pertenencia. Adicionalmente, la exclusión social que experimentan al faltar a clases puede limitar su red de apoyo, lo que a su vez impacta en su bienestar emocional. Este fenómeno es particularmente evidente en el caso de las mujeres, quienes enfrentan una doble carga de responsabilidades laborales y familiares, lo que complica aún más su situación.

Se puede evidenciar que el trabajo llega a influir en la construcción de la identidad de los estudiantes, pues se enfrentan a escenarios diferentes a los de sus pares. Así mismo sus aspiraciones profesionales y autopercepción suelen moldearse de acuerdo con su nuevo estilo

de vida. Los estudiantes empiezan a transitar en los diferentes roles que desempeñan (estudiante, trabajador, hijo/a, amigo/a) y esto trae consigo desafíos que deben enfrentar al asumir múltiples responsabilidades.

2.3 Apoyo institucional y políticas universitarias

La conciliación entre las obligaciones laborales y académicas representa uno de los mayores desafíos para los estudiantes trabajadores. La carga de trabajo, que puede incluir hasta 60 horas mensuales, se suma a la exigencia de cumplir con los requisitos académicos de las universidades. Este contexto genera un desgaste físico y mental significativo, manifestado en agotamiento crónico, altos niveles de ansiedad y la constante preocupación por no poder cumplir con las expectativas. Este desgaste, a su vez, se traduce directamente en ausencias a clases y un bajo rendimiento académico, lo que perpetúa un ciclo de inseguridad y estrés. Los relatos de los estudiantes ilustran de forma contundente la experiencia de este desgaste y las tensiones que deben gestionar en su día a día.

- La disociación cognitiva: El tránsito entre la oficina y el aula no es fluido; es un choque de mundos. Como relataba uno de los participantes tras un turno de ocho horas: *“Cuando llego a clase, me siento mentalmente en otro lugar. Mis compañeros hablan de las lecturas y yo solo pienso en las ventas que me faltaron. Es como vivir dos vidas, pero nunca estás completamente en ninguna”* (Entrevista a Felipe, 2024). Esta sensación de "no estar" evidencia cómo la mente del estudiante trabajador sigue anclada en la productividad económica mientras el cuerpo intenta cumplir con la académica.
- El aislamiento social: La presión no es solo económica, es una exclusión de los rituales universitarios. Mientras el estudiante tradicional habita la cafetería y los grupos de estudio, para la PET el tiempo es un recurso escaso que se vigila con ansiedad. Paola lo describía con nitidez: *“Ves a tus compañeros quedándose, haciendo grupos, y tú solo miras el reloj para no llegar tarde al turno. Te sientes solo en un lugar lleno de gente”* (Entrevista a Paola, 2024). Aquí, la soledad surge de la imposibilidad de participar en la vida social que construye el sentido de pertenencia a la universidad.

- El costo físico: Finalmente, el desgaste se asienta en los huesos. En mis notas de campo como Andrea, registré esa vigilia forzada que estira la madrugada: *“El cansancio es lo que más pesa. Llegas de trabajar a las 11 p.m., te duermes a las 2 a.m. estudiando, y a las 6 a.m. ya estás de pie. El cuerpo te pide parar, pero no puedes”* (Diario de campo de la autora, 2024). Este agotamiento crónico no es una elección, sino la marca física de una estructura institucional que no contempla el reposo para quienes deben costear su educación.

Esta situación se agrava en instituciones que, si bien cuentan con áreas de bienestar, sus políticas a menudo no se adaptan de manera efectiva a la realidad de los estudiantes trabajadores. Sin embargo, la investigación revela la existencia de modelos más holísticos. En una de las instituciones analizadas, no solo se ofrecía un área de bienestar con actividades extracurriculares que promovían la salud mental y física, sino que se contaba con un departamento especializado en la prevención de la deserción, que brindaba un plan de acompañamiento personalizado y sensible a las necesidades de cada estudiante.

El problema fundamental radica en que la mayoría de los modelos universitarios, especialmente en las IES de Colombia, fueron diseñados bajo la premisa de una "monocultura estudiantil". Este modelo asume que el estudiante ideal es un joven que puede dedicarse a tiempo completo a su formación, sin mayores responsabilidades laborales o familiares. Consecuentemente, el diseño de horarios, las políticas de asistencia y la carga académica no contemplan una realidad diversa y compleja, sino que se apegan a un ideal que ya no representa a una parte significativa de la población estudiantil.

Desde esta perspectiva, la rigidez institucional de las universidades puede entenderse a la luz del concepto de la monocultura de la razón occidental. Como lo plantea Ingrid Sissy Delgadillo Cely (2023), este paradigma moderno-colonial ha posicionado históricamente una única forma de conocimiento y de vivir el mundo como la única válida. Esto tiene implicaciones directas en el diseño curricular y las normas institucionales, que al estar ancladas en esta "monocultura", invisibilizan y desvalorizan las experiencias, los saberes y las realidades de la PET. Sus ritmos, sus estrategias de supervivencia y su conocimiento práctico no encuentran un espacio de reconocimiento dentro de un modelo que solo valora la dedicación exclusiva y una forma estandarizada de ser estudiante. De este modo, la falta de

adaptación de la universidad no es una mera omisión, sino una consecuencia de su propia estructura epistemológica.

Además, la lógica institucional opera con una inercia considerable. Las universidades priorizan su propia estructura y tradición académica, a menudo percibidas como sinónimo de calidad y prestigio. Cambiar políticas como los horarios o las exigencias de asistencia es visto como una amenaza a la "rigurosidad" o a la "autonomía del profesor", lo que dificulta cualquier transformación. En este sentido, como lo plantea Bourdieu, la inflexibilidad institucional se convierte en una forma de violencia simbólica: las reglas se imponen como un orden natural y legítimo, aunque en la práctica penalicen y excluyan a quienes no se ajustan a dicho orden.

Adicional, el factor económico juega un papel determinante. En las universidades privadas, la adaptación a las realidades de la PET a menudo implicaría una inversión significativa en recursos humanos, programas de apoyo personalizados, y una mayor oferta de horarios flexibles. Desde una perspectiva operativa, el modelo rígido actual es más sencillo y económico de gestionar. Por lo tanto, la falta de adaptación no es simplemente una omisión, sino una consecuencia de la priorización de la eficiencia y la tradición por encima de la inclusión y las necesidades reales de los estudiantes.

Este modelo contrasta con la rigidez de otras instituciones y demuestra la posibilidad de diseñar estrategias de apoyo que realmente mitiguen el impacto de la doble carga. La existencia de un modelo de acompañamiento efectivo subraya que el desgaste de los estudiantes no es una consecuencia inevitable, sino un indicador de las brechas entre el discurso de inclusión de la universidad y sus prácticas institucionales. En este sentido, la resiliencia de la PET no exime a las instituciones de la responsabilidad de crear un sistema educativo que responda a la diversidad y complejidad de las vidas de sus estudiantes.

Idealmente las universidades deberían garantizar medidas que permitan que los estudiantes adecuen sus rutinas a las obligaciones académicas, pero la realidad es otra. Existen muchos factores detrás de asistir a una clase, el costo y tiempo de transporte de ida y vuelta, el cruce con horarios laborales es en este punto donde el apoyo institucional se suele quedar corto frente a las necesidades de los estudiantes, especialmente los que trabajan. (Mamani Ruiz, 2017), nos permite dar cuenta de la percepción que tienen los docentes de

aquellos estudiantes que manejan esta dualidad, dándonos a entender que para los docentes hay un tipo de desventaja el ser estudiante universitario y trabajador de manera simultánea, esta se debe a la calidad de la educación preuniversitaria que se recibe.

Es fundamental que las universidades implementen políticas que reconozcan y aborden las necesidades de los estudiantes trabajadores. Esto incluye la creación de programas de apoyo académico y psicológico, así como la flexibilización de horarios y la oferta de recursos que faciliten la conciliación de sus múltiples responsabilidades. Sin embargo, la realidad es que muchas instituciones aún carecen de estas medidas, lo que perpetúa un ciclo de desventajas para la PET. A pesar de la existencia de modelos de apoyo más holísticos, la realidad es que muchas instituciones aún carecen de estas medidas, lo que perpetúa un ciclo de desventajas para la PET. Esta falta de adaptación institucional se conecta directamente con cifras alarmantes a nivel nacional. Un informe de la revista *Semana* reveló que la tasa de deserción universitaria en Colombia alcanzó el 8,02%, una cifra que, aunque promedio, esconde la vulnerabilidad de una población que lucha por la permanencia (Redacción Economía, 2024).

Las experiencias de la PET confirman que esta deserción no es un evento aislado, sino el resultado de la constante fricción entre las exigencias laborales y la rigidez académica. Los datos de campo, por ejemplo, demuestran cómo la inflexibilidad de los horarios y de las políticas de asistencia se convierte en un factor determinante. Como lo ilustra el caso de una estudiante de ingeniería que se vio obligada a abandonar su programa, estas situaciones no son la excepción. En un contexto donde la universidad no se flexibiliza, la persistencia se vuelve una carga insostenible, evidenciando que la falta de políticas de adaptación reales es una causa directa del fracaso académico en esta población. Luz Karime Abadía, viceministra de educación superior (2016) recalca que si bien esto hace parte de los lineamientos de bienestar para IES “en algunas instituciones se observa la ausencia de equipos de trabajo idóneo, la desarticulación de la oficina de bienestar, la existencia de enfoques que corresponden más a una oferta de actividades y servicios y la carencia de estrategias sistemáticas y articuladas institucionalmente.” La implementación de políticas adecuadas no solo beneficiaría a los estudiantes, sino que también contribuiría a la construcción de un entorno académico más inclusivo y equitativo.

4. Conclusiones

La presente investigación ha permitido profundizar en la experiencia de los estudiantes trabajadores en universidades privadas de Bogotá, revelando una serie de dinámicas complejas que afectan tanto su vida académica como laboral. A partir de los hallazgos obtenidos, se pueden extraer las siguientes conclusiones.

En primer lugar, los hallazgos demuestran que la experiencia de la PET trasciende la mera adaptabilidad y debe ser interpretada como una expresión de agencia frente a las estructuras institucionales. En un contexto de precariedad, que Muñiz Terra (2018) define como una condición estructural de la vida de los estudiantes que trabajan, la agencia de la PET se manifiesta en el desarrollo de estrategias de resistencia que les permiten negociar la rigidez de los modelos curriculares y las deficiencias del apoyo institucional. Lejos de conformarse pasivamente, los estudiantes se convierten en sujetos activos que redefinen su propia trayectoria académica y profesional.

Esta capacidad de acción se evidencia en una paradoja central que desafía el canon de la educación superior: el espacio laboral, a menudo visto como un obstáculo para el éxito académico, se consolida como el escenario principal de acumulación de capitales. El trabajo no es solo un medio para financiar sus estudios, sino que, como lo plantea Bourdieu (1986), se convierte en un espacio alternativo de formación donde construyen capital social (redes de contacto) y capital cultural (habilidades prácticas), herramientas que serán determinantes para su bienestar a largo plazo.

De esta forma, la agencia de la PET no es solo un mecanismo de supervivencia, sino un indicador de las fisuras en el modelo universitario. Su resiliencia es una crítica a la monocultura estudiantil y un llamado a un replanteamiento profundo de la educación superior, que debe evolucionar para reconocer y valorar la diversidad de trayectorias, transformando la 'doble carga' en una doble oportunidad de crecimiento.

Los hallazgos de esta investigación permiten sostener que el riesgo de deserción no constituye una posibilidad abstracta para la población estudiantil trabajadora, sino una vulnerabilidad estructural que se activa en puntos específicos de la trayectoria universitaria.

El caso de Marta —estudiante de biología cuya salida del sistema no respondió a un déficit de capacidad académica sino a una incompatibilidad entre el reglamento de asistencia y su necesidad de subsistencia— ilustra con precisión lo que Ezcurra (2011) denomina "inclusión excluyente", una tendencia al fracaso académico y al abandono de los estudiantes pertenecientes a franjas sociales en desventaja respecto de la distribución del capital económico y cultural, que ocurre precisamente en el interior de las instituciones que han ampliado su acceso. La exclusión, en este caso, no se produce en la puerta de ingreso sino en la arquitectura normativa interna, los reglamentos de asistencia, la rigidez horaria y la ausencia de mecanismos de flexibilización operan como filtros silenciosos que transforman un problema de tiempo en un fracaso escolar definitivo. El modelo universitario tradicional fue diseñado para trayectorias lineales, presenciales y homogéneas, supone continuidad, horarios fijos y disponibilidad completa del estudiante; no fue concebido para la compatibilización real entre estudio y trabajo. Cuando la vida real no encaja con esa estructura, la institución no registra una incompatibilidad sistémica: registra un abandono individual.

Esta fragilidad estructural de la trayectoria tiene su correlato en una dimensión subjetiva igualmente decisiva: la carga mental que impone la simultaneidad de roles. El registro autoetnográfico evidencia que el agotamiento no es un estado post-laboral que se resuelve al cruzar la puerta del aula, sino una condición concomitante y permanente. Para comprender este fenómeno en su especificidad, resulta productivo recurrir al concepto de doble presencia, desarrollado por la socióloga italiana Laura Balbo (1978), quien lo distingue del concepto de doble jornada precisamente para señalar que no se trata de dos cargas separables en el tiempo, sino de la exposición a exigencias laborales y académicas, o domésticas, de forma sincrónica, simultánea, donde el foco está puesto en la co-presencia de demandas y no en su suma secuencial. El hallazgo concreto que arroja esta investigación es la fragmentación de la atención: la estudiante no cesa de ser trabajadora al ingresar al aula, ni cesa de ser estudiante al marcar su turno. Esta intersección genera un desgaste cognitivo que las métricas universitarias (centradas en el rendimiento y la asistencia) no capturan ni acompañan, pero que constituye el principal obstáculo para un aprendizaje equitativo. La resiliencia observada en estudiantes como “Andrea” no debe leerse, por tanto, como un rasgo

de carácter: es una estrategia de alto costo emocional que sostiene la permanencia a expensas del bienestar.

Sin embargo, reducir la experiencia de la PET a una narrativa de vulnerabilidad y costo sería analíticamente insuficiente. El caso de “Ricardo” introduce una tensión productiva en las conclusiones: su trayectoria demuestra que, bajo ciertas condiciones, el trabajo estudiantil puede operar como motor de agencia y profesionalización temprana, y no únicamente como factor de riesgo. La literatura reporta que los estudiantes provenientes de sectores tradicionalmente excluidos enfrentan severas dificultades que atentan contra su persistencia; pero también que quienes logran sostener su trayectoria construyen compromisos y motivaciones que los estudiantes con trayectorias no interrumpidas no necesariamente desarrollan. Esta constatación abre una línea de indagación que esta investigación deja planteada y que futuros estudios deberán profundizar: ¿bajo qué condiciones institucionales (flexibilidad normativa, reconocimiento curricular de la experiencia laboral, acompañamiento diferenciado) el empleo deja de ser un factor de exclusión silenciosa para convertirse en un activo de formación? Identificar estas variables permitiría transitar de un modelo de contingencia, que solo actúa cuando la deserción ya es inminente, a un modelo de integración real, en el que la experiencia laboral de la PET sea reconocida como una forma legítima de construcción de capital cultural y no como una desventaja que el estudiante debe compensar por su cuenta.

Por otra parte, el impacto de la simultaneidad del trabajo y el estudio en el bienestar físico y emocional de los estudiantes es un fenómeno multidimensional que se enmarca en la insatisfacción y la subjetividad de la vida universitaria. Como documentan Barreto Osma, Celis y Pinzón (2019), esta doble carga genera una profunda insatisfacción en la vida de los estudiantes universitarios que trabajan, lo que se manifiesta en problemas de salud como el insomnio y el agotamiento mental. Lejos de ser un simple cansancio físico, estos síntomas son el reflejo de una tensión crónica derivada del conflicto inherente entre las responsabilidades académicas y las laborales, que se exagera en contextos de alta demanda como ferias y eventos. El resultado es una afectación directa al rendimiento académico y a la capacidad de los estudiantes para concentrarse y participar plenamente en su formación.

Este fenómeno no es universal, sino que se ve agudizado por la presión económica que enfrentan, un factor contextual clave. Como analizan Cruz Piñero et al. (2017), muchos de estos estudiantes provienen de contextos socioeconómicos vulnerables, lo que hace que su empleo no sea una opción sino una necesidad vital para financiar sus estudios. A diferencia de otros estudiantes que tienen la posibilidad de mitigar el estrés reduciendo sus horas de trabajo, la PET se encuentra en un ciclo de vulnerabilidad en el que su persistencia académica depende de su capacidad para tolerar niveles de estrés y desgaste que comprometen su estabilidad emocional y su salud física.

De esta forma, la experiencia de la PET evidencia que la falta de políticas de adaptación en las instituciones educativas es un factor que perpetúa este ciclo de desventajas. El hecho de que la persistencia académica se logre a expensas de la salud se convierte en un punto central de debate que debería obligar a las universidades a reevaluar su modelo. El bienestar de los estudiantes no puede ser un resultado secundario o un desafío individual, sino una variable directamente ligada a la responsabilidad institucional de crear un entorno que reconozca y se adapte a la compleja realidad socioeconómica de su población estudiantil..

Es crucial considerar la interseccionalidad en la experiencia de los estudiantes trabajadores, un concepto que, según Crenshaw (1997), permite entender cómo la superposición de identidades de género y clase social genera desventajas únicas que no pueden analizarse de forma aislada. Las mujeres, en particular, enfrentan una carga de responsabilidades que no es solo la suma de lo laboral y lo académico, sino que se ve agravada por una tercera carga: la de las responsabilidades domésticas y de cuidado. Este trabajo reproductivo, a menudo invisible y no remunerado, no solo consume su tiempo y energía, sino que también las presiona con expectativas sociales que no aplican a sus compañeros masculinos. Esta acumulación de roles las coloca en una posición de desventaja estructural, que se manifiesta en la reducción de su tiempo para el estudio y el descanso, afectando su bienestar y su rendimiento de una manera que sus pares masculinos rara vez experimentan.

Estas desigualdades no son una casualidad, sino que se manifiestan a través de dinámicas de poder en los entornos laboral y académico. Como lo demuestra el concepto de masculinidad hegemónica de Connell (2021), existe un conjunto dominante de normas

masculinas que valida la ambición, la dedicación profesional sin distracciones y el liderazgo. En este contexto, los hombres tienden a ser socialmente validados por ocupar roles de poder, mientras que las mujeres son frecuentemente relegadas a tareas de apoyo. Sus esfuerzos por conciliar roles pueden ser percibidos como una falta de compromiso, lo cual afecta negativamente su percepción y sus oportunidades. Esta situación no solo perpetúa las desigualdades en el entorno laboral y educativo, sino que también permea las interacciones sociales, llevando a las mujeres a experimentar actos de exclusión y desinterés por parte de sus pares masculinos, quienes a menudo reproducen inconscientemente estas dinámicas de poder en el aula y en los grupos de estudio.

De esta manera, la experiencia de las mujeres en la PET no es un desafío individual, sino una consecuencia directa de la intersección de las desigualdades de género, las expectativas sociales y la rigidez de las estructuras educativas y laborales. Su resiliencia es una crítica a un modelo universitario que no solo falla en adaptarse a la realidad de los estudiantes trabajadores, sino que también es ciego a las inequidades de género que se manifiestan con mayor fuerza en esta población. Por lo tanto, el debate institucional sobre la inclusión y el bienestar no puede ser genérico. Es imperativo que las universidades desarrollen políticas y programas que reconozcan explícitamente estas cargas diferenciadas, buscando transformar las estructuras que perpetúan la desventaja y garantizando que el camino a la educación superior sea verdaderamente equitativo para todos.

La investigación resalta la necesidad urgente de implementar políticas inclusivas en las universidades que reconozcan y aborden las necesidades específicas de la PET. Esta urgencia se origina en la monocultura estudiantil que, como argumenta Delgadillo Cely (2023), ha permeado históricamente las instituciones al valorar una única trayectoria académica y desestimar las realidades de una población cada vez más diversa. La falta de espacios de descanso y la ausencia de políticas que faciliten la conciliación de responsabilidades son una manifestación de esta ceguera institucional. Los datos de campo demuestran cómo esta rigidez impacta directamente a los estudiantes, revelando no solo un problema de falta de infraestructura, sino una carencia de reconocimiento. Un estudiante, por ejemplo, comentaba: "Aquí no hay ningún lugar para descansar entre clases. A veces estoy tan cansado del turno de noche que tengo que dormir en una silla en la biblioteca, si es que no me sacan porque ahí no se puede dormir." Este testimonio evidencia que la falta de

consideración por la jornada laboral de los estudiantes obliga a que sean ellos mismos quienes busquen soluciones improvisadas, comprometiendo su bienestar físico y su dignidad.

Frente a esta realidad, es fundamental que las instituciones superen esta monocultura institucional y se adapten a la diversidad de trayectorias. La creación de un entorno académico más equitativo va más allá de un simple reconocimiento y exige medidas concretas. La implementación de horarios flexibles y de modalidades de estudio adaptadas a las realidades laborales de los estudiantes, incluyendo la posibilidad de cursar asignaturas en bloques de tiempo compactos o a través de plataformas virtuales, es crucial para mejorar su calidad de vida y sus oportunidades académicas. Además, el diseño de espacios físicos dentro de la universidad que ofrezcan un lugar seguro y adecuado para el descanso de los estudiantes se presenta como una medida de inclusión práctica y necesaria.

De esta manera, la necesidad de estas políticas no es una mera concesión, sino un paso fundamental para que la universidad cumpla con su misión social. Sin estas adaptaciones, la institución corre el riesgo de reproducir las mismas desigualdades que, en teoría, busca combatir. Al ignorar la realidad de los estudiantes trabajadores, la universidad se convierte en un espacio que privilegia a una élite con tiempo y recursos, mientras que empuja a los estudiantes con responsabilidades laborales hacia el abandono. Por lo tanto, la capacidad de la universidad para reconocer y valorar la diversidad de sus estudiantes, y de traducir ese reconocimiento en políticas concretas, será la verdadera medida de su relevancia y su compromiso con la equidad en el siglo XXI.

Finalmente, las redes de apoyo, tanto familiares como de amigos, emergen como un elemento crucial en la experiencia de los estudiantes trabajadores. Estas redes no solo les permiten gestionar las exigencias de su vida académica y laboral, sino que también son fundamentales para su bienestar emocional. En este caso concreto, se entienden las redes de apoyo desde cuatro perspectivas diferentes:

1. Redes familiares, pues la familia suele ser la primera fuente de apoyo para los estudiantes trabajadores. Los padres, hermanos y otros familiares pueden brindar apoyo económico, emocional y práctico.

2. Redes de amigos, quienes pueden ofrecer compañía, comprensión y consejos sobre cómo manejar el estrés y las dificultades académicas.

3. Redes académicas, que suelen ser muy parecidas a las de amigos pero que adicionalmente incluyen profesores, tutores, orientadores y compañeros de clase, quienes pueden proporcionar apoyo académico, orientación profesional y oportunidades de colaboración.

4. Redes laborales, las cuales se conforman por compañeros de trabajo y superiores jerárquicos. Estos pueden ofrecer oportunidades de desarrollo profesional y apoyo económico.

En este contexto, fomentar estas conexiones emerge como una estrategia para mejorar la calidad de vida y el rendimiento académico de los estudiantes. Más allá de ser un simple soporte emocional, estas redes constituyen un capital social invaluable, al proveer recursos materiales (apoyo económico de la familia), emocionales (comprensión y validación de amigos) y estratégicos (oportunidades de desarrollo en el ámbito académico y laboral). La capacidad de los estudiantes para movilizar estos recursos les permite gestionar de forma más efectiva el estrés y la doble carga que enfrentan, reduciendo la sensación de aislamiento. Al contar con un sistema de apoyo diversificado, los estudiantes no perciben su trayectoria como una lucha solitaria, sino como un camino respaldado por múltiples frentes. La promoción de espacios y políticas que faciliten la conexión entre pares, profesores y compañeros de trabajo no es solo un acto de bienestar, sino una inversión estratégica que contribuye directamente al éxito académico y profesional de los estudiantes, fortaleciendo su resiliencia y su sentido de pertenencia.

Estos entramados de relaciones sociales, tanto formales como informales, ofrecen un soporte crucial que permite a los estudiantes navegar por las complejidades que se empiezan a percibir entre la vida universitaria y laboral. A través de estas conexiones, los estudiantes pueden acceder a recursos materiales, emocionales y sociales que facilitan su adaptación a un contexto académico cada vez más exigente. Se destaca una importancia en las redes de apoyo en la promoción del bienestar psicológico, la mejora del rendimiento académico y la construcción de trayectorias educativas exitosas. Y es que este es el caso de la escritura de esta tesis, que se desarrolló en el marco de trabajar y estudiar.

Ahora bien, tanto el internet como las redes sociales han transformado radicalmente la forma en que los estudiantes construyen y mantienen sus redes de apoyo. Plataformas como

Facebook, Instagram y grupos de WhatsApp permiten a la PET conectar con personas que comparten sus experiencias como trabajadores y estudiantes. Estas plataformas facilitan la comunicación entre pares e incluso a nivel jerárquico en el ámbito laboral y académico permitiendo transferir la información de manera más efectiva y oportuna. Sin embargo, es importante destacar que las redes sociales no sustituyen las relaciones interpersonales cara a cara, sino que las complementan y amplían.

La experiencia de la PET con sus redes de apoyo no solo refleja un pilar fundamental para su supervivencia académica, sino que dialoga directamente con la teoría del capital social. En este sentido, lo que hemos identificado como redes de apoyo son, en los términos de Bourdieu (1986), mecanismos para la acumulación y movilización de capital social, el conjunto de recursos que los individuos obtienen a través de sus relaciones. El hecho de que el acceso a estas redes no sea equitativo subraya cómo las instituciones y el sistema social pueden, de manera inadvertida, reproducir las desigualdades de clase al no reconocer que los estudiantes con menos capital social inicial enfrentan barreras significativamente mayores. Por lo tanto, el problema de las redes no es solo de acceso, sino de la distribución desigual del capital que condiciona las oportunidades. Esta conclusión resalta que el éxito de los estudiantes no depende únicamente del mérito individual, sino también de la estructura de apoyo y recursos disponibles.

Este capital social se manifiesta en acciones concretas que son vitales para la permanencia de la PET, como la ayuda económica de un familiar, la flexibilidad de un supervisor en el trabajo o el apoyo emocional de un compañero de estudios. Sin embargo, para aquellos estudiantes que carecen de estas redes sólidas, la vulnerabilidad se agudiza. En estos casos, la resiliencia deja de ser una cualidad deseable y se convierte en una necesidad forzosa, obligando a los estudiantes a recurrir a su agencia individual para crear estrategias de afrontamiento que les permitan gestionar el estrés y la doble carga en soledad. Esta investigación subraya, por tanto, que la falta de capital social no solo impacta el bienestar, sino que también ejerce una presión adicional sobre los estudiantes para que desarrollen mecanismos de supervivencia por su cuenta, lo cual debería ser una responsabilidad compartida con la institución.

En este contexto, el trabajo estudiantil se revela como una experiencia ambivalente: por un lado, representa ingresos económicos, independencia y acceso a ciertas formas de reconocimiento; por otro, genera fatiga, exclusión académica y la persistente sensación de no pertenecer al espacio universitario. Esta tensión atraviesa la vida de la Población Estudiantil Trabajadora (PET), que se mueve en el límite entre la necesidad de subsistir y las exigencias de un modelo formativo que privilegia al estudiante “ideal”.

La universidad, en este contexto, lejos de mitigar las desigualdades, tiende a reproducirlas. Sus estructuras curriculares rígidas, los horarios diurnos y la centralidad de la presencialidad refuerzan un sistema que beneficia a quienes pueden dedicarse exclusivamente a estudiar y penaliza a quienes deben trabajar. Así, las desigualdades de clase se entrelazan con las de género: mientras algunos estudiantes varones encuentran en el consumo y el prestigio formas de legitimar su lugar, las mujeres enfrentan la sobrecarga de roles de cuidado además de sus responsabilidades académicas y laborales.

Sin embargo, la principal contribución de esta investigación radica en ir más allá del énfasis en las limitaciones y situar la agencia y la resiliencia de los estudiantes en el centro del debate. Lejos de ser sujetos pasivos, los jóvenes movilizan activamente sus redes familiares, laborales y académicas para sostener su permanencia. Algunos logran transformar empleos precarios en espacios de aprendizaje y capital social; otros convierten la dificultad en un terreno para desplegar estrategias creativas de resistencia y adaptación.

Este hallazgo abre nuevas preguntas para la investigación y la política educativa: ¿cuál es el papel de las redes de apoyo digitales en este proceso de acumulación de capital social? ¿Cómo podrían las políticas institucionales diseñadas para fomentar vínculos entre estudiantes trabajadores impactar en las tasas de permanencia? Y finalmente, ¿cómo medir de manera más precisa el retorno de la inversión social y emocional que los estudiantes obtienen de sus redes, más allá de la persistencia académica?

La etnografía desarrollada muestra que el trabajo estudiantil no puede reducirse a un problema individual ni a un simple obstáculo para la educación superior. Es, en realidad, un espacio de disputa donde se cruzan desigualdades estructurales y formas de agencia juvenil. Reconocerlo así implica que las instituciones de educación superior deben repensar sus políticas de bienestar y permanencia, avanzar hacia modelos más flexibles e inclusivos y,

sobre todo, valorar la diversidad de trayectorias estudiantiles como parte constitutiva de la vida universitaria.

5. Referencias

- Alvear Córdoba, R. (2009). Trabajar y estudiar en los cañaverales de Morelos: etnografía de la migración infantil indígena en contexto de zafra (Master's thesis, Tesis (MC)-- Centro de Investigación y de Estudios Avanzados del IPN Departamento de Investigaciones Educativas). Ciudad de México.
- Antón, A. (2013). Ciudadanía activa: opciones sociopolíticas frente a la crisis sistémica. Ediciones Sequitur. Madrid.
- Balbo, L. (1978). La doppia presenza. *Inchiesta*, 8(32), 3–11.
- Bamber, M., Allen-Collinson, J., & McCormack, J. (2017). Occupational limbo, transitional liminality and permanent liminality: New conceptual tools? *Human Relations*, 70(12), 1514–1537. <https://doi.org/10.1177/0018726717706535>
- Barreto Osma, D. A., Celis, C. G., & Pinzón Arteaga, I. A. (2019). Estudiantes universitarios que trabajan: Subjetividad, construcción de sentido e in-satisfacción. *Revista Virtual Universidad Católica del Norte*, 58 (Septiembre-diciembre), 96-115.
- Beauvoir, S. D. (1980). *El segundo sexo*. Siglo Veinte, Buenos Aires.
- Bédoué, C., & Giret, J.-F. (2004). Le travail en cours d'études a-t-il une valeur professionnelle ? *Économie et Statistique* (378), 29-48. <https://doi.org/10.3406/estat.2004.7225>
- Bourdieu, P., & Passeron, J.-C. (1970). *La reproduction: Éléments pour une théorie du système d'enseignement*. Les Éditions de Minuit. (En español: *La reproducción: Elementos para una teoría del sistema de enseñanza*. Fontamara, 2009.)
- Bourdieu, P. (1986). The forms of capital. En J. G. Richardson (Ed.), *Handbook of Theory and Research for the Sociology of Education* (pp. 241-258).
- Bourdieu, P. (1980). *Le sens pratique*. Les Éditions de Minuit. (En español: *El sentido práctico*. Siglo XXI, 2007.)
- Bourdieu, P., & Wacquant, L. (1992). *An invitation to reflexive sociology*. University of Chicago Press. (En español: *Respuestas: por una antropología reflexiva*. Grijalbo, 1995.)

- Butler, J. (2007). *El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad*. Paidós. Barcelona.
- Castaño, M. (2017). El trabajo: Concepciones de jóvenes que laboran en Call Centers en una ciudad intermedia colombiana. http://www.scielo.org.co/scielo.php?pid=S1692-715X2017000200030&script=sci_arttext (Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud) 15(2), 1081-1093
- Chen, Y. J. (2012). Melissa Gregg, Work's Intimacy. *International Journal of Communication*, 6, 3. 6(3), 1380-1383.
- Connell, R., Messerschmidt, J., Stéfano, M., & Morcillo, S. (2021). Masculinidad hegemónica. Repensando el concepto | RELIES: Revista del Laboratorio Iberoamericano para el Estudio Sociohistórico de las Sexualidades. RELIES: 6(6), 32-62. <https://upo.es/revistas/index.php/relies/article/view/6364>
- Crenshaw, K. (1997). Demarginalizing the Intersection of Race and Sex: A Black Feminist Critique of Antidiscrimination Doctrine, Feminist Theory and Antiracist Politics. En *Feminist Legal Theories*. (pp. 57-88). Routledge, Nueva York.
- Cruz Piñero, R., Vargas Valle, E., Hernández Robles, A. K., & Rodríguez Chavez, O. (2017). Adolescentes que estudian y trabajan: Factores sociodemográficos y contextuales. (Revista Mexicana de Investigación Educativa) 22(74), 571-598. https://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S018825032017000300571&script=sci_arttext
- Cuevas, J. F., & Ibarrola. (2013). Vidas cruzadas. Los estudiantes que trabajan: Un análisis de sus aprendizajes. (Revista de la Educación Superior) 42(165), 71-88. https://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S0185-27602013000100007&script=sci_arttext
- Chodorow, N. (1978). *The reproduction of mothering: Psychoanalysis and the sociology of gender*. University of California Press.
- De Barbieri, T. (1993). Sobre la categoría género: Una introducción teórico-metodológica. *Debates en Sociología*, (18), 145–169.

- Delgadillo Cely, I. S. (2023). Universidad Ixil de Guatemala: más allá de la monocultura de la razón occidental. *Enunciación*, 28(2), 254-268. <https://doi.org/10.14483/22486798.20406>
- Ezcurra, A. M. (2011). Igualdad en educación superior: Un desafío mundial. Universidad Nacional de General Sarmiento / IEC-CONADU.
- García Caal, E. R. G. (2015). Percepción docente del rendimiento académico de los estudiantes universitarios de la USAC Guatemala que trabajan y estudian. *Innovaciones Educativas*, 17(22), Article 22. <https://doi.org/10.22458/ie.v17i22.741>
- Garsten, C. (1999). Betwixt and between: Temporary employees as liminal subjects in flexible organizations. *Organization Studies*, 20(4), 601–617. <https://doi.org/10.1177/0170840699204004>
- Giddens, A. (1984). *The constitution of society: Outline of the theory of structuration*. University of California Press. Berkeley.
- Goleman, D. (1995). *Emotional intelligence: Why it can matter more than IQ*. Bantam Books.
- Hall, S., & Jefferson, T. (Eds.). (1976). *Resistance through rituals: Youth subcultures in post-war Britain*. Hutchinson.
- Krieger, N. (2002). Glosario de epidemiología social. *Revista Panamericana de Salud Pública*, 11(5-6), 480-490. <https://doi.org/10.1590/S1020-49892002000500028>
- Lamont, M. (2000). *The dignity of working men: Morality and the boundaries of race, class, and immigration*. Harvard University Press.
- Locke, E. A. (1976). The nature and causes of job satisfaction. En M. D. Dunnette (Ed.), *Handbook of industrial and organizational psychology* (pp. 1297–1349). Rand McNally.
- Mamani Ruiz, T. H. (2017). Efecto de la adaptabilidad en el rendimiento académico. *Educación Superior - Revista Científica de Publicación del Centro Psicopedagógico y de Investigación en Educación Superior*, 2(1), 38-44.
- Marx, K. (1987). *El capital: crítica de la economía política*. Fondo de Cultura Económica. (2019). México, D.F.

- Miranda, A., & Arancibia, M. (2017). El futuro está incompleto: La construcción de trayectorias laborales sobre principios de siglo 21. *Trabajo y Sociedad*, (28), 195-217.
- Montes, S. (2018, noviembre 23). Uno de cada cuatro millennials en Colombia no estudia ni trabaja según el BID. *Diario La República*.
<https://www.larepublica.co/globoeconomia/uno-de-cada-cuatro-millennials-en-colombia-no-estudia-ni-trabaja-segun-el-bid-2797135>
- Muñiz Terra, C. (2007). La precariedad de la vida estudiantil. *Estudios Sociológicos*, 25(74), 481-511.
- Planas-Coll, J., & Enciso, I. (2014). Los estudiantes que trabajan: ¿tiene valor profesional el trabajo durante los estudios? - ScienceDirect. (*Revista Iberoamericana de Educación Superior*) 43(172), 17-43.
<https://www.sciencedirect.com/science/article/pii/S2007287214719419>
- Richardson, J., & Bourdieu, P. (1986). The forms of capital. En J. G. Richardson (Ed.), *Handbook of Theory and Research for the Sociology of Education* (pp. 241-258). Greenwood, Nueva York.
- Sánchez Múgica, A. (2018). El orden mundial y la reconfiguración hegemónica en el siglo XXI. *Revista mexicana de ciencias políticas y sociales*, 63(233), 365-388.
- Sennett, R., & Cobb, J. (1972). *The hidden injuries of class*. Norton.
- Sweller, J. (1988). Cognitive load during problem solving: Effects on learning. *Cognitive Science*, 12(2), 257–285.
- Turner, V. (1967). Betwixt and between: The liminal period in rites de passage. En V. Turner, *The forest of symbols: Aspects of Ndembu ritual* (pp. 93–111). Cornell University Press.
- Turner, V. (1969). *The ritual process: Structure and anti-structure*. Aldine.
- De Sousa Santos, B. (2010). *Descolonizar el saber, reinventar el poder*. Ediciones Trilce.
<https://caritascolombiana.org/wp-content/uploads/2016/10/Descolonizar-el-saber.pdf>

- Urbano, N. (2023). Menos de la mitad de los bachilleres en Colombia logra acceder de inmediato a la educación superior | Universidad del Rosario. Nova Et Vetera. <https://urosario.edu.co/periodico-nova-et-vetera/nuestra-u/menos-de-la-mitad-de-los-bachilleres-en-colombia-logra-acceder-de-inmediato-la-educacion>
- Wallerstein, (ed.) (2004). «A Critique of Lazy Reason: against the Waste of Experience,» in I. The Modern World-System in the Longue Durée. Boulder: Paradigm Publishers, 2004, 157-197.
- Young, I. M. (1990). Justice and the politics of difference. Princeton University Press.